

LA JOVEN EUROPA

HOJAS DE LA EUROPA ACADEMICA COMBATIVA

1942

CUADERNO 4

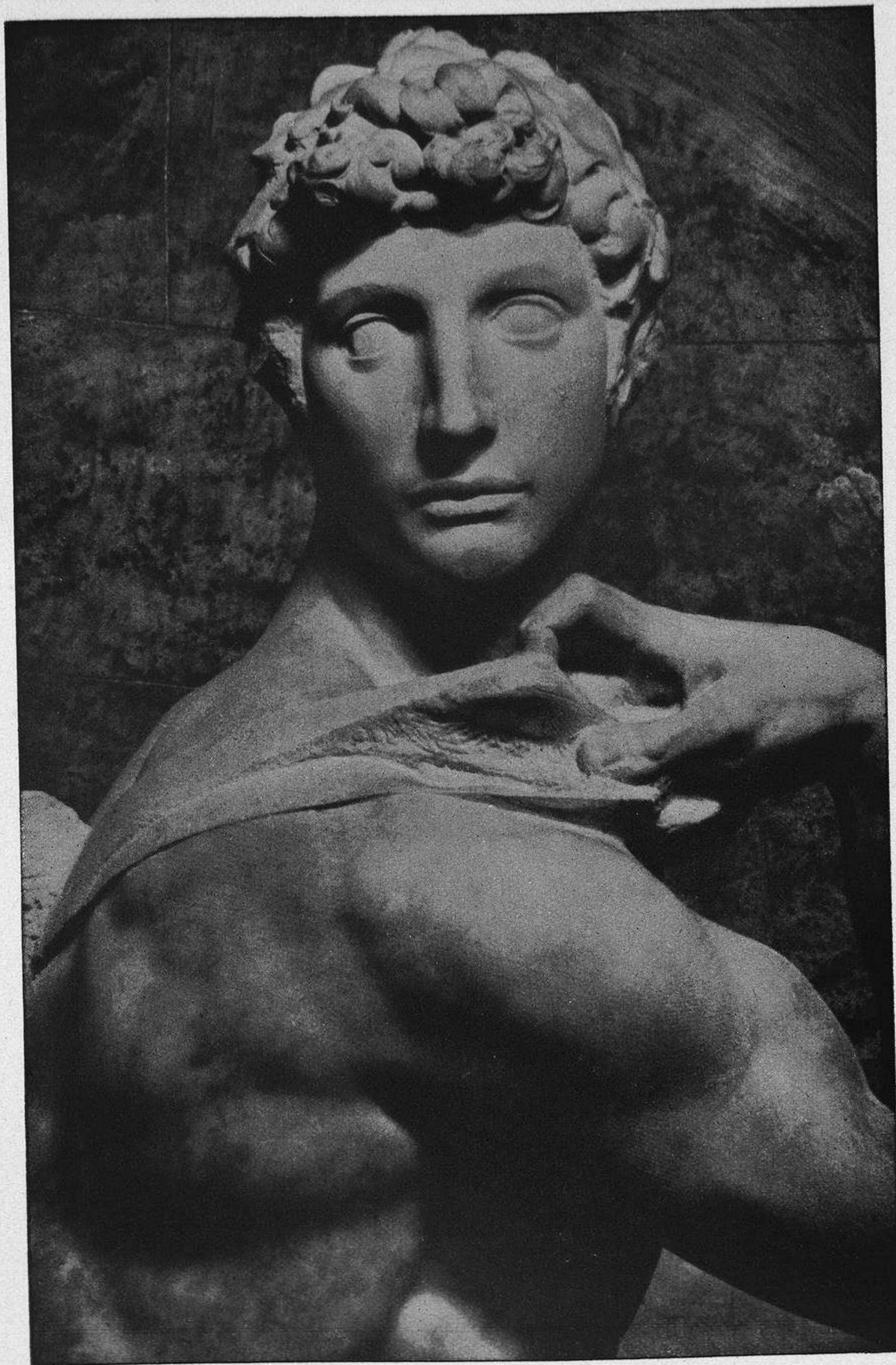
ÍNDICE

<i>Platón:</i>	Sacrificio heroico en pro de Europa
<i>Adolf Hitler:</i>	Europa
<i>Teniente Prof. Dr. Castro-Rial, División Azul:</i>	La misión de las naciones europeas
<i>Jacques de Lesdain, Paris:</i>	La lucha por un mundo mejor
<i>Dr. Åke Berglund, Estocolmo:</i>	Gratitud
<i>P. Gentizon, Ginebra:</i>	La universalidad europea
<i>Prof. Ugo Indrío, Roma:</i>	El capitalismo y su vencimiento
<i>Prof. Oliveira Salazar, Lisboa:</i>	Todos los trabajos tienen la misma dignidad
<i>Teniente coronel Bremer, Berlin:</i>	La estrategia inglesa y Europa
<i>Vitéz v. Csiscery-Ronay, Budapest:</i>	Un testamento contra Europa
<i>Kurt Ziesel, Ejército Alemán:</i>	Europa y la máscara del Este
<i>Bogdan Popoff, Sofía:</i>	El camino de Europa hacia el amanecer
<i>Francisco Javier Sánchez Carrilero, División Azul:</i>	Lo que la campaña del Este representa para Europa
<i>Johann Gottlieb Herder:</i>	Sobre el carácter de las revoluciones universales
<i>Alfred de Vigny:</i>	Sobre el Honor
<i>Xenophon:</i>	Arenga a los jefes del ejército
<i>E. Toda Oliva, Madrid:</i>	Oración por la División Azul

EDITOR: INTERCAMBIO ACADÉMICO CULTURAL
BERLIN W 35, FRIEDRICH-WILHELM-STRASSE 22

MIGUEL ANGEL:

LA VICTORIA



SACRIFICIO HEROICO EN PRO DE EUROPA

LO MÁS GLORIOSO, QUE NINGUN POETA HA EXPUESTO AUN, PARA GANAR GLORIA EL MISMO Y QUE POR ESO CARECE AUN DE CONMEMORACIÓN, ESO ME PARECE DEBER EVOCARLO YO ALBÁNDOLO E INCITANDO A OTROS, PARA QUE LO DESCRIBAN EN CANTOS Y POESÍAS, COMO LOS HÉROES SE LO MERECEAN. ANTES QUE NADA PIENSO EN ESTO: CONTRA LOS QUE DOMINABAN ASIA Y SUBYUGABAN A EUROPA SE MANTUVIERON FIRMES LOS HIJOS DE ESTE PAÍS, NUESTROS PROGENITORES Y ES DERECHO Y OBLIGACIÓN MENCIONAR A ELLOS PRIMERO EN EL DISCURSO LAUDATORIO.

EL ESPÍRITU DE LA HUMANIDAD ENTERA ESTABA SUBYUGADO. QUIEN SE LO REPRESENTA PUEDE RECONOCER, QUÉ MAGNÍFICA DEBE HABER SIDO LA ACTITUD DE LOS QUE RETUVIERON CERCA DE MARATÓN LA FUERZA DE LOS BÁRBAROS Y CASTIGARON LA INSOLENCIA DE ASIA ENTERA, PARA ELEVAR LOS PRIMEROS EL SIGNO DEL TRIUNFO SOBRE LOS BÁRBAROS Y ACAUDILLAR Y ENSEÑAR A LOS DEMÁS.

YO A LO MENOS AFIRMO POR ESO, QUE AQUELLOS HOMBRES NO SOLO FÍSICAMENTE HAN SIDO NUESTROS PADRES, SINO TAMBIÉN LOS PADRES DE LA LIBERTAD, DE LA NUESTRA Y DE LA DE TODOS LOS HABITANTES DE ESTE CONTINENTE.

ESTA GUERRA CONTRA LOS BÁRBAROS LA HICIMOS TODOS EN PRO DE NOSOTROS MISMOS Y EN PRO DE LOS DEMÁS, QUE HABLAN *UNA MISMA* LENGUA QUE NOSOTROS.

PLATÓN

427—347

Europa

¿Qué es Europa?

No existe ninguna definición geográfica de nuestro continente, sino solo una definición *étnica y cultural*.

El límite de este continente no está en el Ural, sino en aquella línea que separa al concepto de vida occidental del oriental.

Hubo una época, en la que Europa era aquella *isla griega*, en la que habían penetrado castas norteañas, para encender allí por primera vez una luz que desde entonces ha ido alumbrando poco a poco pero continuamente al mundo de los hombres. Y cuando estos griegos rechazaron la invasión de los conquistadores persas, no defendían solamente a su suelo patrio que era Grecia, sino a *ese concepto, que hoy se llama Europa*.

Y entonces Europa se trasladó de la Hólada a *Roma*.

Se fundieron con el espíritu griego y la cultura griega la manera de pensar y la política romana. Fué criado un imperio, cuya importancia y potencia engendradora no han sido alcanzadas y mucho menos superadas hasta la fecha. Pero cuando las legiones romanas defendieron a Italia contra el asalto africano de Cartago en tres guerras penosas y ganaron por fin la victoria, otra vez no era Roma por la que luchaban, sino *la Europa de entonces que comprendía el mundo griego-romano*. La próxima invasión de esta patria de la nueva cultura humana se desató en las lejanías del *Este*. Un raudal terrible de hordas sin cultura, procedentes del interior del Asia, desbordó sobre el mismo centro del actual continente europeo, quemando, incendiando y asesinando como verdadero *flagelo del Señor*.

En la batalla de los Campos Catalaunicos por primera vez defienden los romanos y germanos juntos en una lucha decisiva de importancia trascendental a una cultura, que procedente de los griegos, después de fecundar a los romanos acabó por incluir en su esfera también a los germanos.

Europa había engrandecido. Con la Hólada y Roma se formó el occidente y por muchos siglos ya no eran los romanos solos, los que debían defenderla, sino también y sobre todo los germanos.

Pero a igual medida en que a fuerza de la colonización germana se ensanchaban los espacios del occidente, alumbrados por la cultura griega y profundamente impresionados por la tradición grandiosa del Imperio Romano, se desarrolló ese concepto que llamamos Europa. Cuando el *emperador alemán* paraba en los márgenes del Unstrut o en las llanuras del Lech las invasiones del Este, igual que cuando en largos combates se rechazó Africa de *España*, nunca se trataba de otra cosa que de la lucha de la Europa naciente contra un mundo que le era profundamente extraño. Si antiguamente era Roma la que tenía el mérito inmortal de haber creado y defendido este continente, ahora se encargaban también los germanos de la *defensa y protección de un grupo de naciones*, que podían ser todo lo distintas y divergentes posible en su plasmación y finalidad política: pero que en conjunto representaban una unidad de sangre y de cultura idéntica o complementaria. Y de esta Europa no solo procedió la colonización de *otros continentes*, sino una *fecundación espiritual y cultural*, de la que solo se da cuenta quien está dispuesto a buscar la verdad en vez de negarla.

Por eso tampoco fué Inglaterra la que cultivó el continente, sino grupos destacados de nacionalidad germana de nuestro continente, anglo-sajones y normandos, marcharon sobre aquella isla y le han facilitado un desarrollo indudablemente único. Igualmente *no fué América la que descubrió a Europa, sino al revés*. Y todo lo que América no ha importado de Europa parecerá admirable a una mezcla de raza judía; pero Europa no ve en ello más que un síntoma de la degeneración del arte y de la vida cultural, herencia de sangre de judíos y de negros.

La lucha que se iba perfilando como inevitable y cuyo mando estaba confiado esta vez al Reich principalmente, también *sobrepasa ampliamente los intereses de nuestra propia nación y de nuestro país*. Pués como antiguamente no defendían los griegos contra los persas a Grecia sola, ni los romanos contra los cartagos solo a Roma, ni los romanos y griegos contra los hunos solo al occidente, ni los emperadores alemanes contra los mongoles solo Alemania, ni los héroes españoles contra Africa a España sola, sino todos ellos a Europa, *igualmente Alemania tampoco lucha hoy por si misma, sino por todo nuestro continente*.

TENIENTE PROF. DR. J. M. CASTRO-RIAL,
División Azul, Frente del Este:

La misión de las naciones europeas

I.

En estos instantes de conmoción y grandeza internacionales, en que combatimos alegremente por el Nuevo Orden de Europa, no nos es lícito desde el Frente, más que esculpir con la sangre y la actitud operante de la milicia, el magnífico gesto de la nueva juventud española. *España brinda, de nuevo, su presencia a Europa.*

En nuestro Continente se ha forjado una nueva mentalidad comunitaria, merced al impulso revolucionario de los Pueblos que amanecen lozanos y juveniles. El Pueblo viejo y conservador no arriesga sus haciendas por aliciente espiritual alguno, ni por una generosa Idea. Solo corren el riesgo revolucionario los grupos nacionales que pretenden garantizar su misma existencia ideológica y política. En este impulso, exclusivo de mentes jóvenes, han coincidido en Europa los Pueblos anhelantes de una mejor y más justa ordenación.

No se cimentan sobre los odios las grandes construcciones internacionales; por eso el areópago ginebrino no hizo más que enturbiar el panorama del Mundo. Las magnas empresas comunitarias exigen que se anuden en apretado haz todas las energías de la colectividad, para lanzarse fulminantemente, como flechas acerdas, hacia la realización del bien comun. Se invoca y apela, entonces, a todos los Pueblos dispuestos para la colaboración eficaz. A este llamamiento total e idealista España ha respondido con la urgencia de los momentos graves y solemnes. La joven generación española ha presentado ya sus armas y se ha aprestado a la liza por un Nuevo Orden, con la unción íntima de haber sentido en su alma la ilusión colectiva de Europa. España ha dejado de ser un Pueblo carcomido y decrépito ajeno a las grandes tareas continentales. La juventud política que ha irradiado por nuestra Patria la noble ambición nacional de grandeza y destino universal, camina hoy por los senderos del combate decisivo que conducen hacia la mejor comunidad continental. España está presente y en marcha *por los caminos definitivos de Europa.*

II.

«Ha sido muy sensible para Occidente, que Roma en lugar de haberse organizado respetando a los Pueblos conquistados, se hubiese convertido en un Imperio mundial», había pensado antaño San Augustin. Y esa plasmación ideal de Europa perseguida por España en los siglos de su mayor esplendor nacional, no perduró ante las insidias y rapiñas de los Imperios hoy ya derrotados o en vías de desaparición.

El intento renovador del Congreso de Potencias de Viena no aspiraba tampoco a una integración justa del Continente, ya que su honda preocupación política no rebasaba el marco de las pretensiones «restauradoras» de la época. Y en Versalles no supieron igualmente desembarazarse del lastre egoísta que rezumaban los Imperios vencedores. La idea de la seguridad «colectiva» de Ginebra no era más que la cobertura defensiva de un sistema imperialista moribundo y la expresión de un pacifismo inoperante, producto de un cansancio vital y de una anarquía internacional.

Mas la ordenación equitativa y orgánica de Europa clama por un *sentido profundo de la esencia del hombre nacional y por la armónica estructuración de todos los Pueblos continentales* en una inquebrantable unidad de destino.

Los muchos siglos de Cultura tradicional y las permanentes razones geopolíticas inesquivables han hecho de Europa un *Continente con reciedumbre unitaria* que exige hoy una cristalización política capaz de garantizar sus destinos y fines permanentes. Todos los Pueblos de Europa se encuentran hermanados en un pasado y necesitan entrelazarse para el porvenir en una comunidad graduada jerárquicamente hacia un fin distributivo y justo.

Esta idea de la «comunitas perfecta» entrevista sagazmente por las geniales concepciones de los fundadores del Derecho Internacional Francisco de Vitoria y Francisco Suarez, mentes claras y penetrantes que vivieron en días en que estuvo a punto de cuajar prácticamente la orgánica jerarquización de Europa, intuyó sutilmente la ineludible necesidad de supeditar las desordenadas apetencias nacionales al mejor ideal de una comunidad equitativa. Los Estados nacientes de Europa a cuya cabeza marchaba España

no debían pretender una libertad primitiva y anárquica, como la que más tarde nos habían de imponer los Estados extraños y ajenos al sentido de la colectividad europea. La libertad estatal no puede ser, en ningún caso, la panacea de todas las necesidades comunes. Cuando un Estado aspira a una decisión última soberana, no debe regirse arbitrariamente ni por el capricho de una dinastía, ni por la ambición personal de una minoría concreta. Los pueblos tienen una misión más trascendente que cumplir en la sociedad internacional. La *Justicia* debe ser el norte y guía de los reinos humanos si se quiere lograr una convivencia pacífica estable.

Claro es que esa idea rectora que debe ser la esencia entrañable de la Política, no tiene siempre una perfecta realización concreta. Pero los Pueblos, al igual que los hombres, deben discurrir sobre la tierra con la noble ansia *de ejecutar siempre un fin trascendente, humano y comun*. Y en ese caminar constante hacia una plasma- ción más exacta de la justa convivencia social, despierta hoy la nueva Europa dispuesta a dar una ejecución razonable y adecuada al gran instinto asociativo que experimentan los Pueblos civilizados de Occidente.

Europa entera se ha ilusionado *en este momento histórico*, propicio para que la razón política revolucionaria estructure un nuevo sistema asociativo e integrador. No una comunidad inorgánica y atomizada, sino la exacta adecuación de las necesidades políticas nacionales en una amplia ordenación del Continente.

III

España no solo ha ofrecido y aportado a la Cultura europea unas perennes construcciones científicas, sino que en la larga proyección de su Historia continental ha sacrificado a la idea política de la comunidad europea muchas de sus energías e intereses nacionales. No solo defendimos a Europa cuando las irrupciones orientales amenazaban a Viena, o procedentes de Africa nos invadían la Península ibérica, o cuando fué asolada la quietud apacible del Mediterraneo, sino que también ofrendamos nuestros intereses concretos a la unidad continental, cuando Carlos V. as-

piraba a ella por una Comunidad de Príncipes europeos en la que las ambiciones nacionales no pusiesen en peligro la armonía de los Pueblos.

Más esa noble idea politico-social que España brindaba a Europa no podía lograrse en un mundo de nacionalismos incipientes que despertaban entonces, llenas de señuelos de libertad disgregadora. Estaban todavía muy gravadas en los espíritus populares de la época las pretensiones imperialistas precedentes, para que acogiesen una idea comunitaria sin recelos ni prejuicios.

Y en bien de esa misma Idea de Comunidad fué España el país designado por el Destino para atraer a la convivencia internacional a todos los Pueblos del Nuevo Continente. Sobre todo los países ibero-americanos al tener conciencia de su personalidad, fraguada en el crisol de la epopeya e insuperable colonización española, se adhirieron a los principios internacionales de nuestro Continente. El Derecho Internacional positivo, nuestra Civilización y Cultura alimentaron a todos los Estados ibero-americanos.

IV

Es preciso pensar en una constitución internacional sólida de *los Continentes del Mundo*, basando a cada uno de ellos en una más íntima y más justa regulación, *que evite las luchas constantes entre los Pueblos de un mismo bloque continental*; no se puede tener presente precisamente a la política norteamericana que ha incitado al Mundo a esta ingente contienda actual, con la insensata pretensión de extender aun más un Imperialismo agonizante.

En realidad la certera visión de los caudillos de Europa entreve ya la supresión de las futuras y sangrientas luchas entre los Pueblos de nuestro Continente. Esta visión prometedora se armoniza totalmente con las aportaciones políticas, históricas y presentes de España a la comunidad de Europa.

Vislumbramos, otra vez, el *descubrimiento de un Nuevo Mundo*. El mundo sobrenacional inmediato que venga a reemplazar a la atomizada y anarca organización liberal, integrando a todos los grupos nacionales europeos en nuestra tradicional comunidad continental. Los contornos y dimensiones de este Nuevo Mundo

desde los aspectos político-social-económicos, se irán perfilando diafanamente según nos vayamos aproximando a la Paz anhelada por la que ahora combatimos.

V

Esta sincera ambición colectiva no puede compaginarse con ninguno de los tipos de hegemonía imperialista hasta ahora conocidos. No ansiamos una simple traslación del centro de gravedad de los viejos Imperios opresores. Si sencillamente se tratase de arrebatarse a Inglaterra su hegemonía política en Europa, para sustituirla por otra del mismo carácter e índole imperialista, no se hubiesen aunado jubilosamente todos los Pueblos de Occidente.

Precisamente los rectores actuales de la política internacional europea han proclamado con su escueta franqueza que lo que se busca y necesita no es una hegemonía ni un imperialismo nuevo, sino una *armónica colaboración* de todas las políticas nacionales del Continente. *El respeto recíproco* informa ya las negociaciones presentes e inmediatas. Los Pueblos que forman una comunidad deben apreciar *la misión concreta de cada uno de sus componentes*. Y la aspiración de Europa se ha cifrado en el gran aglutinante que supone para todos la *plasmación inmediata de la Justicia* que traerá consigo el Nuevo Orden.

Que el Continente vaya a ser estructurado según la idea del «gran espacio» y que el «espacio vital» se haya convertido ya en una necesidad elemental de la Geopolítica *de Europa*, es una realidad más o menos halagueña. Pero lo que sí es irrefutable es que el Nuevo Orden tiene que rectificar una serie de infinitos errores liberales. La noción de la soberanía, la idea de la libertad primitiva, el principio de la igualdad internacional, etc. son todos conceptos que requieren una nueva elaboración en beneficio del ambicionado sistema continental. No una absurda libertad primitiva, sino la *armonía equitativa de los Pueblos desiguales, en el seno pacífico de un orden jerárquico*.

El Nuevo Orden de la comunidad europea presupone la aparición de un *principio perdurable* para su misma existencia. Los Pueblos tienen que realizar una «*mision*» concreta, en el marco amplísimo del destino universal. La «*misión*» no puede ser la

misma para todos los grupos nacionales de un Continente, en tanto cada uno tenga unas peculiaridades raciales, geográficas, económicas y sociales distintas. *Y la misión de los Pueblos será aquilatada respetuosamente en la inmediata ordenación de Europa.* Estos dos principios y pilares básicos «misión» y «jerarquía», serán los cimientos firmes e incommovibles de la gran comunidad europea.

Para la realización de esa gran idea de la Comunidad se ha producido ya una excelente hermandad de armas de los Pueblos de Europa que veían amenazados su mismo ser político. *Los jóvenes Ejércitos de la naciente Europa dan grandiosidad trascendente a esta guerra decisiva y totalitaria.* Por la idea comunitaria ha surgido, en el riesgo y en el peligro, una exquisita camaradería espiritual que será la misma que impregne las futuras relaciones políticas de los Estados de Europa.

Y respondiendo a su gran tradición espiritual y combativa, han coincidido en estos momentos gloriosos y en los albores del Nuevo Orden las valientes falanges de España decididas a colaborar con su Idea y su sangre en la magna empresa presente de Europa. Solo la ilusión noble y elevada incita y empuja a las generaciones jóvenes y, por encima de las estrecheces nacionales, los *revolucionarios españoles* nos damos el abrazo con la Nueva Europa.

A esa gran ambición colectiva y a esa ilusión comunitaria España ofrece el sacrificio de su nueva generación política. La generosa sangre de los mejores falangistas españoles que aquí combatimos y que florecerá fructíferamente en el más justo Orden Nuevo de Europa.

La independencia de Europa

No quiero dejar de relatarles a Uds. la gran victoria que hemos ganado ayer sobre un enemigo atrincherado entre bosques parapetados. Duró mucho la lucha y fué muy sangrienta para ambos. No cabe duda que nuestra victoria contribuirá ampliamente a la libertad de Europa y a la paz europea. Ojalá se reconociera en ello mi diligencia por el bien de nuestra alianza y por la independencia de Europa.

El príncipe Eugenio, Generalísimo del Reich, 1709.

JACQUES DE LESDAIN, PARIS:

La lucha por un mundo mejor

Cada uno de nosotros ha experimentado ya alguna vez la pesantez de una tormenta nocturna, cuando a los pulmones les falta el aire, cuando una fuerza mística, ignorada nos ahoga, cuando sentimos sin poderlo explicar que detrás de aquella cerrazón aciaga se prepara un drama de la naturaleza.

Con miedo y angustia y sin embargo llenos de esperanza hemos esperado el primer rayo, para que se descargue redentora la tormenta desencadenada, sabiendo bien que tras los nubarrones amontonados resplandecería un cielo nuevo de luz, de calor y de brillo y que el huracán no es otra cosa que el *precursor del renacimiento de la vida nueva*.

Un huracán sin igual.

Sin embargo es un huracán sin igual en la historia el que se ha desencadenado sobre nuestras cabezas y una esperanza jamás experimentada, nunca realizada, la que desde entonces nos colma el corazón. Por un lado somos las víctimas desgraciadas de un desvarío y una falta de carácter imperdonables y al mismo tiempo testigos de una época de transición que garantizará a los hombres una vida mejor y nos dará ocasión de probar por nuestro trabajo, nuestra constancia incansable y nuestra abnegación cotidiana, que nuestra voluntad de vivir resurgida debe triunfar sobre los elementos perturbadores que aun se oponen a la resurrección de Francia dentro de la cooperación europea.

La Francia que hoy resurge, la del mariscal Pétain que for fin se ha librado de las influencias adversas que intentaban amortiguar su clara inteligencia y su patriotismo práctico, esta Francia desde hace poco tiene más presente que nunca su misión. Tal misión pesará duramente sobre nuestra nación durante la época venidera, ventajosa o funesta según si la aceptamos en serio o si intentamos rehuirla.

Un huésped se ha asomado a nuestro umbral. *Ese huésped se llama Europa.* Si le abrimos anchamente nuestra puerta y le invitamos a sentarse a nuestra mesa entonces apoyamos en nuestro propio interés a una comunidad de naciones que a su vez contribuirá a nuestro bienestar. Por el otro lado, si nos hacemos sordos a él, si atrancamos nuestra puerta, si nuestra desconfianza tantas veces probada en la historia — el origen de nuestra desgracia — sofoca en nosotros el saludo de bienvenida, entonces nos veremos frente a las fuerzas unidas de varios cientos millones de hombres y conjuraremos para nuestros hijos épocas más terribles todavía que las que acabamos de pasar.

De nuestra actitud frente al nuevo orden europeo a punto de plasmarse *depende todo el porvenir de nuestro continente.*

Debemos preparar las realidades del mañana.

Vivimos una época de transición. Ni conceptos anticuados, ni corazones acobardados podrán mantenerse en este mundo nuevo que se está organizando. El dinamismo siempre triunfará sobre la estática. El alma humana es esencialmente individual y al mismo tiempo tiende hacia la comunidad. Es individual por su apego a la familia y por su actividad personal que tiene razón de practicar; pero por otro lado pertenece a la comunidad por su *obligación de servirla y por la participación en las tareas comunes*, sin la que el hombre no tiene derecho a reclamar los beneficios de la civilización. Si se trata de Europa debe predominar en nosotros el espíritu de solaridad. Nuestra tarea consiste en crear una mentalidad nueva. Estoy convencido que cada uno será un heraldo de este espíritu de solaridad dentro de esta comunidad de las naciones que nos brinda seguridad y nos pondrá en condiciones de dejar a nuestros hijos un *mundo mejor* que este en que hemos vivido nosotros.

La palabra de un soldado

Si hay oficio divino en el sentido esencial de la palabra lo es la lucha contra el bolcheviquismo.

Teniente Moritz Kraut, en campaña.

Gratitud

Lo que se ha conseguido en el Este durante los meses activos desde el histórico 22 de junio, día natalicio de la nueva Europa, ha sido ejecutado por los soldados de las naciones europeas. El arrojo fantástico y el heroísmo que raya a lo increíble justifican la mayor admiración. Sus victorias decisivas le otorgan el caudillaje incuestionable en la lucha.

Por último la genialidad del Führer y del Duce eleva esta lucha por encima del valor normal hasta la *unidad de destino* con las *épocas más notables de nuestro continente*, unidad que sola es capaz de justificar los sacrificios de esta guerra. Todas las naciones alertas y valerosas sienten y saben en estos días, que de esta lucha tiene que surgir una Europa *nueva y mejor*, una Europa *más unida y más laboriosa*, una Europa *más feliz y más orgullosa*; y por eso esta lucha no es inútil; por eso todos los pensamientos se concentran en estos días en la juventud combatiente europea.

Aquellos gobiernos europeos que no sienten ni quieren manifestar en estos días su gratitud por el sacrificio de los ejércitos que luchan en pro de la comunidad europea se encuentran aun en medio del caos político y moral o por decrepitud están calcinados ya. Pero aquellos hombres europeos, que experimentan tanto la grandeza de la época por trágica que sea como la gratitud hacia el frente, tienen todavía jóvenes los corazones.

Como sueco siento el vivo deseo de expresar mi gratitud *personal* al gran Führer alemán. La mayoría de los que habitan este país no han comprendido todavía, qué es lo que está puesto en juego en los sucesos de allá en Europa; son obcecados, desviados, dormilones. Algunos están cegados por el odio, sobre todo por miedo al gran sacrificio; están acostumbrados a la tranquilidad, al silencio, a los platos opulentos y al equilibrio ordenado entre

la privación y el gozo, entre el trabajo y el descanso. Ahora está destruido su concepto del mundo. Están dominados por el odio contra aquel que ha emprendido la obra enorme de *crear nuestro mundo de nuevo*; o también se odian a si mismos, desesperados por la inconstancia de todas las cosas. Muchos siguen todavía desviados por políticos que sacan toda su sabiduría de una doctrina moribunda y anticuada. Muchos siguen durmiendo aun el *sueño de los idilios* en medio del año de las revoluciones y a ellos los acontecimientos gigantescos les parecen solo un estorbo para su sueño profundo y sin ensueños.

Todos estos hombres apartados de los grandes campos de batalla no son capaces de experimentar realmente lo que nosotros llamamos los sucesos de nuestra época. Su tiempo es un tiempo que ha transcurrido. En la época actual ellos no encuentran ningun sitio y por eso no conocen ni fin ni ideal. Siguen viviendo sin ilusiones, sin esperanza de una renovación, sin confianza en el porvenir. ¿Cómo podrían sentir ellos gratitud hacia el frente combatiente? Por eso no se les ocurre otra cosa que salpicar de lodo al Führer alemán que está dispuesto y pronto a sacrificarse por un *mundo nuevo*.

Pero a pesar de todo hace falta despertar este sentimiento de gratitud por lo menos en el pecho de la *juventud* del continente europeo; también los suecos, muchachos y chicas, han de aprender a sentir *gratitud* por el sacrificio heróico y gigantesco y por la victoria del frente europeo combatiente. El mozo sueco, el hombre, la joven mujer sueca, la madre sueca, los obreros y los estudiantes suecos, el campesino sueco, el ama de casa, todos ellos deben dejar surgir esta gratitud dentro de sus corazones.

En Finlandia luchan *voluntarios suecos* mano a mano con los hermanos finlandeses y alemanes por la *liberación del Norte* de la amenaza bolcheviquista y de la barbarie del Este. En general aun no saben apenas, que en el ejército finlandés lucha un 10 a 20 por cien de suecos-finlandeses. Aun no nos hemos dado cuenta, que además en Estonia también luchan 7.000 suecos bajo las condiciones más dificultosas y adversas contra las cuadrillas de asesinos bolcheviquistas.

Sin este sentimiento de gratitud ningun pueblo europeo tiene derecho a exigir una participación en las victorias de las naciones y de los hombres europeos o en las nuevas creaciones europeas que resulten de estas victorias. Sin sacrificios no se puede crear nada nuevo ni duradero. Sin *aprecio sincero para los héroes de semejante lucha* o para la paciencia del pueblo que trabaja en retaguardia ninguna nación y ninguna persona puede hallar un puesto legítimo en la *Europa recién creada a fuerza de sacrificios y de lucha*. Solo cuando se apaciguen el odio y la ofuscación de las naciones y de los hombres que en Europa no luchan todavía, se abrirán ante ellos las puertas que dan sobre la Europa nueva y rejuvenecida. Entonces existirá también para estas naciones la posibilidad de trabajar en su propia grandeza y de brindar su propia colaboración a la paz de Europa que todas las naciones anhelan. Entonces acabaremos todos por buscar en honor de Europa un medio de entendimiento entre todos los hombres — y acaso lo encontraremos.

La gran coalición

El occidente cumplirá su misión; forjará una coalición común entre Hitler, Mussolini y todos los países liberados por las potencias del eje, para por un lado destruir al bolchevismo y por el otro provocar una revolución social grandiosa que contenga el decaimiento terrible que permitió al bolchevismo engañar sin castigo a millones de obreros durante 20 años.

*Leon Degrelle
Legión belga*

La universalidad europea

La mayoría de las naciones europeas experimentan la guerra en la Rusia soviética como perturbación profunda. Se sabe lo que en pocos meses ha hecho el comunismo asiático de la Europa oriental. Países prósperos antes se han convertido en laboratorios bolcheviquistas para cadáveres.

Si Alemania no se hubiese adelantado al proyecto del bolchevismo Europa hubiera sufrido seguramente la *cabalgata funesta de los jinetes del Apocalipsis*.

Hoy luchan mano a mano en el Este alemanes, italianos, españoles, franceses, portugueses, húngaros, rumanos, belgas, holandeses, noruegos, eslovacos, finlandeses etc. contra el enemigo común. Los acontecimientos actuales prueban, que no ha muerto la máxima de la universalidad europea. Hoy Europa a vuelto a hallar su alma.

Lo que las naciones aliadas consiguen luchando es *asunto de todo el continente* y de todos los europeos que conservan aun la fe en la *dignidad de la vida*, en el *valor del trabajo*, en la *ética de la familia*, en el *respeto a la religión*, en todos los valores santos y nobles de los que ha surgido nuestra cultura.

Europa se encuentra hoy entre dos alternativas, ha de elegir entre la grandeza o el decaimiento, entre la salvación o la perdición.

La derrota de Europa en las estepas de la Rusia soviética significaría el fin de toda civilización y cultura. El exterminio del bolchevismo es la condición para la paz de Europa y para un nuevo florecimiento económico.

La guerra contra la Unión Soviética es una lucha por la libertad. Cuando esté vencido el ejército bolcheviquista Rusia formará parte al fin de la Europa civilizada y Europa estará salvada.

El capitalismo y su vencimiento

El sistema político del capitalismo.

Mirado desde el punto de vista político el capitalismo resultó del desmoronamiento de la nobleza de provincia feudal y de la monarquía absoluta. Nació a la misma hora que la revolución francesa y la parida era la clase media triunfante que crió a su hijo con mucho cariño y lo hizo desarrollarse ricamente en poco tiempo.

El hundimiento de la monarquía absoluta y de la nobleza feudal fué inevitable, porque su decaimiento era evidente; pero a cada destrucción debe seguir una *reconstrucción*. Más eso solo todavía no basta: La nueva construcción debe obedecer a ciertas leyes de estática y dinámica comunes a todas las obras constructivas. La antigua construcción había probado durante siglos que cumplía con esta condición. En cambio la nueva construcción solo duró algo más de un siglo, poco en comparación con la infinidad del tiempo y de la historia.

La verdad sin rodeos es que el estado que con una palabra llamamos burgués no ha sido capaz de crearse una forma estable que hubiese podido manifestar la *unidad del organismo social* y la *centralización de sus energías políticas*. El estado burgués renunció a las finalidades más propias del estado, porque sus creadores no pensaban en servir al estado, sinó en servirse de él.

En la práctica todo el concepto burgués del estado es el de un instrumento, no en bien del organismo social en general — que todavía pasaría — sino en bien de los *intereses de una sola clase*: la burguesía. Esta de hecho si quiere tener entre sus manos las riendas del gobierno, pero *no quiere ser responsable de modo directo y evidente*. La necesidad de la coartada creó el estado parlamentario y liberal. La voluntad política se disipa en voluntad de los distintos partidos — la reacción de los siglos. Lo que en otras épocas hubiera sido conflicto de intereses o de credo

religioso — fácil de reconocer y de localizar — se convierte ahora en conflicto de ideas sobre las normas y finalidades del estado. El estado pierde su voluntad y su gobierno, porque todos quieren mandar y sin embargo nadie está dispuesto a exponerse. La difusión de la anonimidad en la economía corresponde al parlamentarismo como base de la política: se espera que las ordenes nazcan de la confusión de voces particularistas y divergidas y el sentido unitario y tradicional de su función desaparece casi por completo.

No hay tal en el estado antiguo: allí se sabía por lo menos que era la nobleza con el rey al frente la que tenía el mando en sus manos y era responsable de la suerte buena o mala del pueblo, del que tenía el concepto de un «organismo social», concepto unitario aunque nacido de mentalidad feudal. Pero con la separación de las clases en el siglo 19 este concepto también se perdió. En cambio se encuentra en el estado burgués la soberanía del pueblo; a esta la dispersa la falta de responsabilidad de los delegados en el parlamento, la destruyen los miembros del gobierno que de antemano están condenados a una existencia pasajera y la monarquía se transforma en institución ornamental.

No se pudo, como se quería y algunos creían posible, equilibrar la crisis del estado como potencia central conquistando realmente la sociedad y sus elementos. Eso es la equivocación del esclarecimiento, del racionalismo y de la tendencia del siglo 18 influenciada por la ciencia. En realidad la sociedad solo ha de asistir a su liquidación individual, mientras que para el individuo mismo se obscurecen aquellos ideales tradicionales que son la defensa de su conciencia social. La mentalidad burguesa es progresista según su vocación. Pero aquella idea del progreso es una ilusión, porque en realidad y en la práctica se *atajan los caminos*, siendo responsables de ello las potencias capitalistas.

En el sector político la consecuencia principal de las suposiciones capitalistas es la desaparición de un caudillaje responsable y su relevo por una burocrática *organización administrativa*, que incapaz de cualquier caudillaje político no sabe representar un poder real en toda la extensión de la palabra, porque según su

carácter está designada a una labor netamente instrumental y ejecutiva. El estado burocrático es un muñeco sin alma y de poca voluntad. Aunque llegaría la burocracia en poco tiempo a gobernar en sucesión coherente y actuar de árbitro en causas públicas esto no significaría — ¡recordémoslo bien! — ninguna manifestación de poder; porque el poder en el sentido tradicional es responsable, natural, mientras que la burocracia solo es delegada del parlamento. El parlamento mismo es un algo heterogéneo, inconstante, cuya parte real no está determinada en el fondo por *ideas* sino por intereses que se ocultan tras estas ideas.

Cuando se vuelve al punto de partida se encuentra que el factor decisivo de ese estado es el *capital*, es decir una potencia particularista, egoista y centrífuga.

Los judíos se esfuerzan por verificar sus ideales y ni siquiera retrocederían ante la solución comunista, que por último reduciría el mundo entero a la esclavitud del capital que está seguro entre sus manos. Esto es acaso la hipótesis más extrema, quizás el sueño del judío eterno que según él debe realizarse en este siglo o en el que viene; ya hoy en día el *entendimiento restablecido entre la plutocracia y el bolchevismo* intenta echar por los caminos que se juntan todos en este punto de destino.

Que el internacionalismo del capital se manifieste bajo el pretexto del exclusivismo plutocrático anglo-sajón (del que el judaísmo es «magna pars») o bajo el del bolchevismo asiático (cuyo acicate interior es también el judaísmo) para todos es posible apreciar los efectos destructivos de una política dirigida por aquella potencia extra-política: el «capital». Naturalmente el peligro no es tan eminente para las naciones que ocupan los primeros puestos en el mundo, como para aquellas que empezaron su restauración en aquella época promovida por fuerzas históricas efervescentes de *carácter puramente ético y cultural*. Así se explica el destino de Alemania e Italia durante el último siglo: Alemania sí es capaz de levantarse más pronto, pero en 1919 se la arrastra en el abismo y a Italia más lenta constantemente se la estorba en su camino. Hoy, al sonar la gran hora de la venganza para las naciones privadas de sus derechos, el alcance de los acontecimientos tiene un carácter realmente *revolucionario*, porque no significa el triunfo de una

clase de capitalismo sobre otro, sino el *triunfo de las fuerzas auténticas de las naciones* — las del espíritu y de la sangre — *sobre la violencia cruel del capital.*

El capital, según lo entiende el fascismo, no puede dominar al estado de ninguna manera. Las acciones del estado deben obedecer exclusivamente a una idea política. Se dice «una idea», no «ideas». La idea del estado solo puede ser *una*; es posible que se desarrolle en el transcurso del tiempo, pero solo se transformarán sus reglas y formas exteriores, no su entidad. El estado está basado sobre la conciencia nacional que también no es más que «una sola». Es el partido «único» el que forma y representa la conciencia nacional; es el partido «único» el que inspira al estado la idea política. La burocracia no es ninguna potencia, sino solo un instrumento del estado, igual que lo es el cuerpo legislativo. La idea política *vigila, dirige y limita el empleo de capital*, obligándolo a trabajar a la luz del día. En el nuevo estado no puede haber ninguna potencia «anónima». Todo poder debe ser secundario frente al poder del estado; sinó esto no sería un estado, sino una larva o la imitación de un estado con consecuencias de importancia realmente funesta para el organismo social, traicionado por el estado y acusado por fuerzas enemigas a este.

El sistema económico social.

También desde el punto de vista económico el capitalismo tiene dos caras: la liberal o individual y la social-comunista o colectiva. La base del liberalismo económico consiste en la teoría del «homo oeconomicus», contra la cual ya se ha escrito demasiado. A pesar de ello queremos observar modestamente, que el individuo, mientras trabaja en la economía, no tiene más remedio que ser económico, es decir que no se puede negar ciertas leyes del trabajo económico como aquella por ejemplo, que cualquiera que acometa una empresa se propone sacar de ella con el más mínimo esfuerzo el mayor provecho posible. Ciertamente que eso es elemental, pero hay que consignarlo. Solo es preciso luchar contra el «homo oeconomicus», cuando consciente o inconscientemente *perjudica los intereses del estado por dar abasto a los suyos propios.* Entonces le falta la

conciencia moral y social; y en las leyes que dominan su campo de acción debe haber evidentemente alguna defectuosidad, si no permiten a la autoridad intervenir, para impedirle a que traspase sus límites. De modo que se puede mejorar al «homo oeconomicus» sea interiormente por medidas pedagógicas o sea por medida de control y de orden exteriores. En cambio el capitalismo sin riendas llegó lógicamente a la teoría liberal de glorificar al «homo oeconomicus» como personaje esencialmente moral, para poder accionar en plena «libertad». El resultado no pudo ser menos que desastroso: el «homo oeconomicus» creó muy pronto una economía, que al final se reveló como adversa a toda economía.

¿Cómo se justifica por ejemplo el fenómeno de la superproducción? Es típica para el impulso capitalista la ilusión de poder amoldar el gasto a la producción. Al contrario es claro según las leyes naturales que el gasto determinado por las *necesidades vitales* prescribe la producción. Pero la producción capitalista, ávida siempre de *ganancias* nuevas, se obstina en el provecho inmediato y por lo tanto no toma las precauciones necesarias. Además el agiotaje permite las manipulaciones bancarias criminales de los especuladores que conocen el momento para desprenderse de una empresa, cuando ya no rinde provecho.

Decíamos que la producción capitalista pujaba el consumo artificialmente para seguirle en su desarrollo, hasta que la cadena desnaturalizada se rompe y estalla la *crisis*.

No creemos que aun serán necesarias muchas palabras para describir el *cuadro antisocial* de la economía liberal en lo que se refiere a los *derechos del trabajo*. La cuestión social que existió siempre entró en su fase aguda por la economía mecanizada bajo el régimen liberal.

También desde el punto de vista económico nada puede librar a la *política social-comunista o colectiva* del reproche de la enemistad contra la economía — probada por la Unión Soviética. El *estado* como único empresario solo puede ser el *peor*. La burocracia que supone causa irremediablemente en la vida económica alza de precios, deficiencia de resultados, falta de competencia y paralización. Parecen insustituibles el impulso y la rentabilidad de la iniciativa particular. Desde el punto de vista social nada

puede indemnizar al individuo de la pérdida de su libertad. Aquí no es lugar para tomar otra vez partido contra el embrutecimiento de los hombres como consecuencia de la sociedad colectiva; el *instinto cultural* por si mismo la rechaza.

Por lo visto el social-comunismo tampoco pudo solucionar el problema de la vida moderna; al contrario se sometió completamente al dominio del capital tanto por su origen ideológico — material y racional — como por sus factores políticos — netamente judíos.

Así es que el capitalismo no fué vencido ni por el liberalismo con el que nació y se desarrolló, ni por el social-comunismo que no es nada más que una de sus consecuencias.

Al capitalismo le puede vencer únicamente una *revolución anti-capitalista* que despoje al capital de su posición como base de la historia, devolviéndolo al *trabajo* que es el *verdadero elemento fundamental* y que se sirva del capital como de uno de los medios necesarios para realizar los fines que se ha propuesto. Se trata por lo tanto de un cambio radical de posiciones. Es preciso examinar a los capitalistas dentro de la sociedad desde el punto de vista civil y político, para averiguar hasta qué extremo trabajan ellos mismos productivamente y por lo tanto son *obreros*. No se debe olvidar la advertencia de la historia que nos demuestra, cómo el capital procura inevitablemente, que el mayor absorba al más pequeño. Y no se debe olvidar que entre otras cosas casi ha devastado la posición del *artesano*. Las chucherías de la *moda*, el bajo nivel de la *fabricación en serie*, la *imitación* de los productos, la *decadencia del gusto en general* todos son manifestaciones y consecuencias de una economía sometida exclusivamente a intereses capitalistas. Para la cultura recién iniciada por el corporativismo y el nacional-socialismo queremos un mundo, en el que se vuelva a encontrar el *sentido humano de la vida*, un mundo, en el que el *trabajo esté libre*, en el que el trabajo mande; queremos que cada cosa vuelva a tener otra vez su *valor natural*, empezando por el capital que es un medio y no un fin — y que la humanidad no tenga que aguantar más el envilecimiento por las fuerzas ciegas que surgen de la materia, cuando no la esclarece el espíritu.

Todos los trabajos tienen la misma dignidad

El hombre y más aun la mujer son vanidosos por su misma naturaleza. Este defecto innato explica su inclinación a la grandeza y a lo supérfluo. Alguien ha dicho que no hay nada más necesario que lo supérfluo y es una gran verdad. Sin embargo para la sana razón humana esta frase representa una imposibilidad económica, ya que las necesidades humanas están jerarquizadas de tal forma que lo que es indispensable para la vida ha de gozar siempre la preferencia frente a aquello sin lo cual podemos pasarnos.

El hombre tiene muchas necesidades y hay que desear que cada día tenga más. Pero no hemos de olvidar jamás que el aumento de necesidades y la multiplicación de los bienes sólo representa un progreso cuando tanto la vida interna como la externa es conformada de un modo cada vez más digno. Para la comunidad, desde el punto de vista de la defensa de la cultura, lo único que tiene realmente valor es la creación de valores útiles y elevados y que la totalidad de los hombres puedan participar en ellos. Hemos de rechazar tanto la indiferencia frente a la conservación y embellecimiento de la vida como el interés orientado exclusivamente al aspecto terrenal y humano de ella. El punto de vista meramente utilitario es una degradación del hombre y de la vida en sociedad.

Tanto en la vida pública como en la privada ha de ser la razón la que decida en primer término sobre la necesidad y aplicación de los distintos bienes. La determinación de lo que nos es necesario, en cuanto individuos o en cuanto colectividad, define siempre la vida y es suficiente para dar a la economía y aún a la vida pública una nueva fisonomía. ¡Cuán a menudo nosotros, los hombres que desempeñamos funciones directivas en la política, somos responsables de que una modificación en ella cambie radicalmente el curso de los acontecimientos y haga fracasar la realiza-

ción de grandes planes, pero qué pocas veces pensamos en que quizás nuestra falsificación de los verdaderos conceptos de producción, riqueza o utilidad es la responsable de graves defectos en la administración! Así vemos que se construyen antes palacios que carreteras, grandes paseos antes que conducciones de agua, y jardines antes que canales.

En una palabra: *el patrimonio, los bienes o la producción no son fines en sí mismos.* Sirven simplemente para satisfacer una necesidad general o individual y no serían nada si no sirviesen para *mantener la vida humana y hacerla cada vez más digna.* A este pensamiento han de subordinarse tanto la economía como la actividad administrativa del Estado hallándose ambas orientadas a las necesidades tanto del individuo como de la Nación. Por ello también la construcción económica ha de contribuir a los fines socialmente valiosos siendo el deber del Estado velar por la moral, la salud y el bienestar del pueblo.

Sin trabajo no existe bienestar, sin trabajadores no puede existir trabajo.

Demos a esta palabra su sentido más amplio e incluyamos en esta categoría económica todas las prestaciones tanto intelectuales como corporales que de un modo mediato o inmediato contribuyen al proceso de la producción, desde el guardián del orden público hasta el obrero más modesto. Nosotros no consideramos como el único trabajo el trabajo manual. Hay otras muchas clases de trabajo que tienen su parte en la producción, la mejoran y elevan su rendimiento: tal es el trabajo del inventor, del empresario, del director, etc., etc.

Si consideramos atentamente aquellos trabajos que aparentemente no son nada, vemos que por ejemplo el jefe de una empresa organiza el trabajo de los demás, armoniza las distintas energías y esfuerzos, haciendo mucho más productivo el todo en provecho de la comunidad. El trabajo del inventor, del técnico, del maestro crea el pan del simple obrero.

En este sentido amplio *el trabajo es un deber social.* La comunidad de intereses sobre la que descansa la sociedad obliga a cada uno de nosotros a contribuir con nuestro esfuerzo corporal o

intelectual al bien común: el hombre que no trabaja perjudica a los demás. Como el trabajo supone siempre esfuerzo procuran muchos eludirle; solo trabajan acuciados por una necesidad imperiosa y consideran que sólo el hombre desprovisto de recursos es el que ha de someterse al trabajo. La educación y la presión del ambiente social actúan contra tal modo de pensar y cuando estos medios no se muestren suficientemente eficaces la legislación ha de luchar contra esta clase de parasitismo.

Una de las concepciones económicas más erróneas presenta al hombre que solamente goza de los placeres de la vida y dilapida su fortuna como un sujeto económicamente valioso. Su utilidad consistiría, dicen, en que así vuelven más rápidamente a la circulación social sus riquezas particulares y su misma prodigalidad en los gastos imprime a la producción un especial impulso. Sin embargo lo cierto es que supone un completo absurdo el invertir la riqueza adquirida con esfuerzo en objetos que carecen de valor desde el punto de vista social.

El hombre no ha de ser esclavo de su patrimonio, pero tampoco ha de hacer de su vida una esclavitud del trabajo.

Todo trabajo confiere la misma nobleza y dignidad siempre que represente la contribución del individuo, según su capacidad, al bienestar de la comunidad a la cual pertenece. Aunque todos son igualmente valiosos desde el punto de vista humano, no poseen sin embargo el mismo valor económico y social. Son diferentes sus utilidades, sus rendimientos y por ello no han de ser retribuidos en la misma cuantía. Partiendo de este criterio se distinguen los hombres por su forma de vida y su posición social. Los hombres, que hemos falseado tantas cosas, hemos falseado también el concepto del trabajo: Unos desprecian el trabajo manual, otros el intelectual considerando como un honor el llamarse trabajador manual. Tanto una posición como otra son injustas.

El Estado y la dirección de la economía.

El Estado se halla por encima de la unidad económica. ¿Hasta qué punto puede considerarse la estructuración económica del Estado como una parte de la labor política?

Es indudable que la vida política es algo distinto de la vida económica, que el mundo de la política y el de la economía son

diferentes, pero ésto no quiere decir que el Estado no haya de tener un programa económico ni haya de buscar su fuerza y su validez en el aumento del bienestar nacional y en el pacífico desenvolvimiento de la vida económica en el interior del país. El Estado en cuanto exponente máximo de la comunidad nacional nunca puede ser indiferente ante los grandes problemas de la vida económica, ante los fundamentos a que obedece en su desarrollo, ni ante el camino que conduce a un justo equilibrio social.

A pesar de las teorías unilaterales del pasado, creen aún muchos que el Estado debería ampliar sus funciones económicas y hacerse cargo incluso de la producción y la distribución de la riqueza. Es cierto que el Estado ha intervenido activamente en la cuestión de la concesión de créditos, el tráfico y la construcción, las explotaciones mineras, la selvicultura, en distintas ramas de la producción económica e industrial, el comercio de ciertos productos y hasta incluso en la totalidad del comercio de exportación. Sin embargo, prescindiendo de los momentos críticos en los que la gravedad de las circunstancias exigía la máxima utilización de todas las posibilidades económicas y la salvación de la economía ante la amenaza de las crisis, las funciones del Estado han de ser mucho más limitadas y mantenerse dentro de otros campos.

En una progresiva socialización como la que hemos descrito no existe ni un beneficio económico — mayor posibilidad de formación de capital en las condiciones mejores —, ni social — distribución más justa del producto y mejores perspectivas para el desenvolvimiento del individuo —, ni finalmente tampoco política — mayor independencia del Estado, más amplias libertades ciudadanas, una defensa más eficaz de los intereses generales.

El Estado ha de mantenerse en el campo de la producción alejado por igual tanto del monopolio como de la libre concurrencia. Si el Estado por medio de sus órganos consigue una influencia cada vez mayor sobre la economía, le amenaza la corrupción. Si el Estado *cae en manos de la plutocracia* se ponen en peligro la independencia del poder, el derecho, la libertad, la igualdad y el bienestar de la comunidad. El Estado no puede disponer libremente del patrimonio nacional. Para poder ser juez supremo entre todos los intereses ha de ser independiente.

Normalmente el Estado ha de proteger la economía orientándola a la vez, pero sólo en interés de la defensa del país, de la paz interna, de la justicia, de unas mejores condiciones económicas y sociales, la enseñanza técnica y el desarrollo de la cultura, de la creación de toda clase de medios auxiliares de que la economía necesita, de la supresión de defectos que a veces son consecuencia misma del libre juego de las fuerzas económicas, como por ejemplo la desigual distribución de la propiedad rural, de la protección de los económicamente débiles o de la beneficencia, cuando las instituciones privadas se muestren insuficientes. Lo que queremos nosotros es que la vida humana esté impregnada de la justicia y la igualdad entre los hombres. Queremos afirmar la dignidad del trabajo y la armonía social. Queremos una nueva economía en la cual colaboremos todos bajo la protección de un Estado fuerte que vele por el máximo bienestar nacional, su patrimonio y sus creaciones, defendiéndolas lo mismo contra la codicia del capitalismo que contra el afán destructor del bolcheviquismo.

El trabajo hace posible la vida, crea riqueza para las Naciones y aumenta el patrimonio de los pueblos; es digno y honroso. Podrán establecerse diferencias entre sus distintas clases en cuanto a su utilidad o su valor para la economía, pero en cuanto a su dignidad moral todos los trabajos son idénticos.

La Providencia ha fijado el carácter necesario del trabajo y es una suerte que ningún progreso ni ningún bienestar puedan desligarnos de él, en una palabra que tengamos forzosamente que trabajar si queremos vivir. Si a pesar de esta necesidad y este deber sucede a veces que algunas personas se ven condenadas a no poder trabajar, a estar paradas, para que las demás puedan vivir, ésto se debe a que no tenemos bien organizada la vida o a que todavía no conocemos el secreto de un orden superior; es anti-natural que el trabajo pueda alguna vez dejar de ser un factor de bienestar para convertirse en una fuente de miseria.

Puede ocurrir que los hombres se empeñen en no ver los beneficios del trabajo y se rebelen contra él porque creen poder vivir de la riqueza acumulada como las abejas de sus panales. Es un absurdo pensar que la abundancia pueda justificar el derecho al ocio; ello equivaldría al hambre y a la miseria. *Nosotros creemos en el trabajo.*

La estrategia inglesa y Europa

En la elevación de la nación inglesa a la época de la reina Isabel cooperaron: la visión concreta del mundo recién descubierto y la tentación de sus riquezas, la energía de la convicción religiosa de ser el pueblo elegido por Dios y el impulso hacia aventuras y riquezas de origen wikingo.

A pesar de estas energías el camino hacia el dominio universal se inició de modo muy inglés: despacio y con ímpetu creciente. Al principio el escenario de la guerra exclusivo era el mar, el primer adversario *España*. Comerciantes y piratas bajo el mando de Hawkins y Drake iniciaron la lucha, invadiendo las aguas españolas de las Indias Occidentales en pro del «comercio pacífico, de la piratería o de la lucha».

Después del saqueo de la escuadra española en sus propios puertos por Drake en 1586 la Armada española prepara el golpe contra los rivales en las Indias Occidentales y orientales. Pero el ataque de Howard desde sus posiciones de defensiva cautelosa trae el gran éxito: la Armada queda destruida, la invasión rechazada. La velocidad y el aprovechamiento de la artillería vencen: la nueva voluntad de los ingleses había creado un espíritu y un estilo nuevo de la estrategia naval.

Desde el año 1588 la conservación de la soberanía marítima es el motivo dominante y el principio fundamental de toda política inglesa. Después de una época de lucha interior resultó lógicamente de esta política la guerra contra *Holanda*, que era su rival en el comercio, en las colonias y en el prestigio naval. Esta guerra — pura guerra marítima — en su transcurso demuestra claramente un distintivo de la estrategia inglesa, que más tarde se habiá de repetir siempre: comenzar con los medios más reducidos, pero aumentar tenazmente el riesgo. A la «pacífica» medida

guerrera de la Acta de Navegación sigue como gradación primera el atentado al comercio en la primera guerra de 1652 a 1654. El adversario de fuerza idéntica obliga a los ingleses ampliar una vez más su estrategia: dos generales reorganizan a la escuadra e implantando la disciplina militar se hace de ella un instrumento de guerra moderno. El espíritu ofensivo de Blake se une a la transmisión consciente de las experiencias de la guerra continental a la estrategia naval por los «Almirantes soldados» Monk y Ruppert. El fin supremo de la estrategia naval es de ahora en adelante la exigencia de aniquilar a la escuadra enemiga.

Esta intención se persigue tenazmente durante la segunda y tercera guerra contra Holanda (1664 al 677 y 1672 al 674), pero no se consigue. En cambio se logró el éxito de la anulación casi completa del comercio holandés. Con la subida al trono inglés de Guillermo III de Oranje los holandeses van a parar en dependencia absoluta de Inglaterra. Con eso empieza un período fundamentalmente nuevo de la política y estrategia inglesa.

El próximo adversario es *Francia*. Como nuevo rival de Inglaterra en la lucha por la soberanía marítima y las posesiones de ultramar igual que España y Holanda se convierte en «enemigo de toda la nación inglesa». Pero Guillermo III, que era «general y no almirante», cuyo modo de pensar era continental y no marítimo miraba como adversario suyo a esa Francia que amenazaba como potencia más considerable del continente a la seguridad de la isla. Si hasta ahora la guerra no significaba otra cosa para Inglaterra que guerra naval, con la adhesión de Inglaterra bajo Guillermo III. a la gran Alianza de Viena en 1689 empezó la época de la «estrategia combinada», es decir de la cooperación entre la guerra continental y la marítima. — Según la política inglesa, para la que únicamente importaba la soberanía marítima en toda la extensión de la palabra, el mar y el mundo seguían siendo el principal teatro de guerra. A Europa se la consideraba como un escenario de guerra adicional. Y de la idea de la batalla decisiva «como más antigua tradición y credo de los almirantes de Cromwell» que animaba a la marina inglesa y «del afán ardiente de derrotar a la escuadra enemiga» resultan los triunfos navales decisivos sobre los franceses, superiores al principio en fuerzas

marítimas, junto a la Hogue (1692), a Quiberón (1759), a Abukir (1798) y a Trafalgar (1805). De este modo estaba siempre asegurada contra Francia la soberanía marítima durante los episodios decisivos de la lucha. Esta soberanía conseguida y mantenida era y seguía siendo la condición para la estrategia de Inglaterra en el continente y en ultramar mientras luchaba contra Francia por el dominio universal.

La política y estrategia en el *continente como teatro de guerra adicional* obedecen a otras leyes. En la defensa de los Países Bajos Guillermo III enseña primeramente «a las tropas británicas la guerra continental» y de esta manera deja el instrumento útil a otro jefe más grande. Este hombre más grande era Marlborough, que como hombre de Estado sabía llevar una guerra mundial y hacer cooperar eficazmente las fuerzas continentales y marítimas. Dentro del programa estratégico total por ganar el dominio universal Inglaterra consideraba como tarea suya retener e inmovilizar en el continente las fuerzas militares y financieras del rival francés «de modo que no pudiera permitirse el lujo de una marina temible».

La base para esta política continental la ofrecían la ambición y la rivalidad de las potencias del continente que desde el derrumbamiento del Santo Imperio Romano se encontraba en pleno caos, situación muy favorable para Inglaterra, que el instinto inglés había reconocido ya en la época de Isabel. Encubriendo según auténtica costumbre inglesa el fin verdadero la política inglesa formuló la consigna del «equilibrio». La filosofía inglesa, como siempre servidora diligente de su política, ofreció la argumentación científica para mantener el estado de la «desorganización». Las potencias continentales consideraban a la máxima del equilibrio como protección contra los fines imperialistas y la rivalidad de los demás y a su vez la aprovechaban políticamente. Pero también creían como en un dogma en la paradoja inaudita de que las leyes físicas y mecánicas podrían ser el principio regulativo para el desarrollo orgánico de las naciones. En cambio para Inglaterra el equilibrio era y seguía siendo una condición para su elevación a gran potencia y el «único medio posible para mantener

la soberanía marítima». (Historiador inglés alrededor del año 1700.) La estrategia inglesa dentro de la política de equilibrio es la clásica estrategia con fin reducido: pues el fin consiste en debilitar al contrario, no en derribarlo. Esta *estrategia continental* posible únicamente para los ingleses desde su isla salva, «sede de Marte», encuentra poco a poco la plasmación correspondiente a su ser.

Por lo tanto no era más que lógico, que Inglaterra destacara una especie de «guerra particular» dentro de los litigios europeos, separando claramente las campañas de su ejército expedicionario y las de su espada continental. Con Pitt en la guerra de los Siete Años se convierte en «regla invariable el *reducir no solo nuestro ejército auxiliar*, sino también su tarea, que cumple completamente independiente de otras operaciones, arrimándose siempre al mar». Con mucha razón Corbett llama a esta clase de estrategia inglesa intervención limitada en una guerra ilimitada. Esta «regla invariable» era no en último lugar la base para la decisión de French de retirarse tras el Sena durante la crisis de los últimos días de agosto en 1714, sin consideración del vecino, y para la estrategia inglesa en 1740 y 1741, que terminó en el continente con Dunquerque y Grecia.

Siguiendo a esta «regla invariable» en la guerra de los Siete Años el duque de Brunswick tenía la orden concreta y reducida «de impedir a los franceses de ocupar Hanóver, manteniendo constantemente la comunicación con el mar y de eliminar de esta manera la amenaza contra el ala izquierda del rey». La manera de la Cámara de los Comunes de llevar la campaña de los Pirineos por Wellington también correspondía a este modo de estrategia continental reducida. El temor de exponer el valioso ejército expedicionario a algún *riesgo* dictaba principalmente las instrucciones para el general. Si a pesar de eso Wellington intensificó esta campaña por su energía férrea y por su tenacidad, avanzando paso a paso por Vitoria en 1813 hasta Tolosa en 1814 hasta llegar a la ofensiva victoriosa, este éxito ganado a pesar de dificultades extraordinarias hace tanta honra al mando de Wellington en la ofensiva, como su perseverancia tenaz, su resistencia inque-

brantable en el día de Waterloo — Belle-Alliance contra cinco ataques feroces de las guardias de Napoleón a su mando en la defensiva. Wellington se hizo el héroe nacional. Por sus éxitos tanto como generalísimo que como hombre de Estado es indudablemente uno de los mejores representantes del capitaneo inglés en la guerra continental.

No se debe vivir de la tradición, sino es preciso aumentarla. Tuvo una trascendencia decisiva el que — en contrario a Alemania — en Inglaterra no se tomara esto a pecho: en Alemania el siglo 19 con los sufrimientos de la situación amenazada y bajo la responsabilidad de la misión histórica impuesta por el destino sazónó a fuerza de la espiritualidad de *Clausewitz*, el genio militar de *Moltke* y la instrucción de *Schlieffen* un despejo fundamental de los problemas de la guerra y de la estrategia. En Inglaterra no. No hubo ningún *Clausewitz* inglés que hubiese podido ordenar la ideología militar de los ingleses, ni puede haberlo tampoco. Porque Inglaterra no conocía ninguna lucha por su existencia. En la isla salva la guerra no pudo nunca llegar a ser una experiencia fatal como lo fué para el pueblo alemán en su situación amenazada. Ningún inglés ha experimentado jamás junto con su nación la guerra en victoria y derrota como la experimentó el soldado prusiano *Clausewitz*. En cambio el espíritu alemán según se manifestaba en *Clausewitz*, aspirando al conocimiento y a la verdad por los medios de la filosofía y de la experiencia, era capaz de llegar hasta lo esencial. La espiritualidad inglesa no conoce otra máxima ni otro criterio que la experiencia, según lo demuestra el empirismo inglés.

Los distintos elementos de la estrategia inglesa basados en la experiencia eran *incoherentes* para la ideología militar de los ingleses. «Pero un empleo espiritual de la experiencia consiste» según dice *Clausewitz* «en contemplar el conjunto en su *coherencia interior*. Porque es necesario empezar por contemplar lo esencial del conjunto, pues en este caso más que en ningún otro hace falta imaginarse el conjunto al contemplar una parte».

- El caudillaje está caracterizado por la capacidad del espíritu creador de juzgar la situación como *base para la decisión*. Esta

capacidad del espíritu de ver con una misma mirada todos los enlaces históricos, las fuerzas morales y los imponderables se forja una *idea integral*, una *visión integral* del adversario y de la situación. Basándose en esta visión la razón ordena y examina los detalles y «no descansa hasta que no haya ponderado bien sobre todas las posibilidades y consecuencias de una situación». Esta ponderación de antemano general y previsor, concentración intensa después de la visión es aquel «cálculo» superior, la condición espiritual para el aletazo del genio que remontando el vuelo aspira por el riesgo mayor al fin supremo.

■ Al inglés le falta esta capacidad espiritual y creadora. Para él solo existen hechos positivos. Así llega a la improvisación, al «muddle through». Según dice Kjellén los ingleses no aspiran de una vez a fines grandes. Aquí está la raíz del aumento sucesivo de fuerzas que proviene de lo más íntimo del espíritu inglés y que caracteriza toda estrategia inglesa en plan grande o pequeño.

En la guerra mundial no se logró la decisión en el campo de batalla, allí quedaron dueños los soldados alemanes. Mas los medios de guerra «ingleses» brutalmente aplicados, la estrategia espiritual y el bloque, consiguieron la derrota de Alemania. Pero como se vió más tarde esto no solucionó los problemas del dominio universal inglés, al contrario los agravó todavía.

La base tradicional de la política inglesa estaba derrotada. Inglaterra compartía la soberanía marítima con América y por el submarino y el avión la «sede de Marte» salva había dejado de ser una isla. La derrota de Alemania era el final del equilibrio. En lugar del equilibrio la potencia inglesa se apoyaba ahora en una «Europa sin sustancia propia». Pero este apoyo se convirtió también en problema para Inglaterra a medida que se verificaba la restauración alemana. Otra vez Inglaterra se vió frente a un mundo nuevo. Como en el siglo 16 se encontró en el comienzo de una nueva época de su historia.

Se puede llamar al año 1936 el año de la decisión: En los días de la reocupación de las provincias renanas Alemania envió al gobierno inglés aquel memorandum, cuya idea fundamental era

de llegar «a un orden verdaderamente constructivo de las relaciones intereuropeas y de este modo a la plasmación y al aseguramiento de una paz duradera». Esta llamada del Führer — no era ni la primera ni la última — demostró, qué era lo que estaba en juego. Para Inglaterra no se trataba como en el siglo 16 de la *conquista* de un amplio mundo nuevo. Esta misión Inglaterra ya la había cumplido. Pero ahora la necesidad del momento exigía el nuevo orden de un mundo que se había estrechado demasiado para las naciones de la tierra. *Y este orden solo podía verificarse por un espíritu nuevo.*

El sentido y el alcance de la resolución que tenía que tomar Inglaterra se expresan en dos manifestaciones del año 1936. Con motivo de una conferencia internacional a la que asistió también el capitán general von Seeckt sonó la voz del mariscal Trenchard. Habló de la confianza en el «comienzo de una nueva época de la historia mundial. ¿Como todos juntos pensamos continuamente en la abnegación y en la heroicidad de los caídos en la guerra mundial, no debíamos oír sus voces que hablan para sí mismas encaminándonos hacia la paz?» Eso parecía una contestación afirmativa de espíritu militar a la llamada del Führer. Pero en el mismo año dijo Churchill: «Alemania es demasiado poderosa, hace falta destruirla.» Ni Trenchard ni mucho menos el secesionista de entonces Churchill eran representantes oficiales de la Inglaterra política. Pero sus manifestaciones caracterizan las esferas espirituales, en las que se había de tomar la resolución política. Aun parecía oscilar el balance. Pero ya en 1936 se dió el primer paso hacia la guerra. Igual que antes de la guerra mundial Inglaterra entabló conversaciones de Estado Mayor.

Desde su horizonte espiritual Inglaterra no ha reconocido el espíritu y el ser de la Alemania nacional-socialista. Por eso — y por arrogancia innata — no apreció debidamente las fuerzas enormes de la nueva Alemania y exageró bastante la capacidad de su escuadra, la potencia del ejército francés, de la línea de Maginot y el poder del oro. Lo mismo que tuvo que implantar el servicio militar obligatorio en la guerra mundial, ahora le obligó la fuerza de los hechos — otra vez en contra a sus convicciones arraigadas

— al riesgo total. La guerra que Inglaterra creía necesaria para asegurar a su Imperio se convirtió en el riesgo supremo de su historia.

Corresponde a la inmutabilidad del espíritu inglés en asuntos políticos, que se deduce de la literatura, la conservación del espíritu y de los métodos de la estrategia inglesa.

Liddell Hart es el representante típico de la ideología militar actual de los ingleses. Para él la experiencia histórica de la guerra mundial sobre la fuerza superior de la defensa se convierte en «regla». No como en Alemania. Aquí no valía la experiencia que arraiga en la época de la guerra mundial, sino el saber obtenido «del carácter del conjunto», que la derrota del ejército enemigo sigue siendo siempre la regla suprema de la estrategia.

Partiendo de la «regla» de la fuerza superior de la defensa Liddell Hart llega a las conclusiones siguientes:

- 1) Modernos ejércitos en masa, ya de valor discutible por ser un blanco para ataques aéreos enemigos, son incapaces de llevar a cabo una «ofensiva eficaz».
- 2) Pero Inglaterra sí debe tener un «ejército potente», aunque no fuera más que para proteger a la costa francesa, a Bélgica y Holanda, donde el adversario encuentra favorables puntos estratégicos aero-navales.
- 3) Francia conserva aun ejércitos en masa. Exige lo mismo de Inglaterra. Por eso hace falta implantar el servicio militar obligatorio, «para que Francia no divague».
- 4) Hace falta crear la seguridad de la isla que antes era natural: defensa antiaérea y contra los submarinos es «la tarea más importante».

Partiendo de este sistema defensivo Liddell Hart encuentra el punto esencial de la estrategia en la aplicación tradicional de los medios de guerra poco heroicos:

- 5) Guerra económica — guerra aérea contra la población y ante todo el bloqueo como única arma ofensiva, aunque de eficacia lenta».

6) Pero la resistencia de Alemania contra el bloceo obliga a reforzar el bloceo marítimo por el continental: Por eso se exige «evoluciones envolventes de gran espacio» (en Escandinavia y en los Balkanes) «empleando todas las armas y los aliados, es decir los neutrales que se puede ganar solamente a fuerza del poder (presión financiera o diplomática)».

A las ideas de Liddell Hart aquí resumidas se las puede mirar como el catecismo de la sabiduría de caudillaje inglés, resultado de la evolución histórica relatada.

Cuando se añade la advertencia de Liddell Hart: «¡Jamás debemos volver a someternos a la estrategia del continente ni ligarnos nunca a nuestros aliados!» entonces se perfilan clara y distintamente los contornos del curso de la guerra en los años de 1939 al 1941 y no por último las retiradas de Escandinavia, Francia y de los Balkanes. Quizás sintió Liddell Hart lo dudoso de su concepción al escribir: «Puede que el problema militar de Inglaterra sea absolutamente irresoluble». Esta comprensión hubiera exigido otra política distinta. Por lo menos esta estrategia basada sobre la fuerza de la defensiva no armonizaba con la política inglesa que en continuación de la guerra mundial se había propuesto la derrota de Alemania. Pero sí nos demuestra el sentido profundo y el fondo metafísico de la política de Inglaterra. Se propuso la defensa de la seguridad de un mundo antiguo y de sus valores, después de haber rechazado la alianza tantas veces ofrecida con las fuerzas jóvenes de Europa para construir y organizar un mundo nuevo.

Inglaterra lucha con la tenacidad de su raza y la disciplina de su antigua nación contra un caudillaje espiritualmente superior, contra soldados mejores y contra el adelanto de la preparación para la guerra espiritual y material. Después del cataclismo de su sistema de confederación europea espera hallar su salvación en la capacidad y en el material de los Estados Unidos y en el oro del capital internacional. La misma Inglaterra que en el siglo 16 desde la isla como puerta de salida al mundo inició la lucha por el dominio universal y muy a menudo con mercenarios extranjeros,

hoy como mercenario de potencias ajenas está dispuesta a ofrecer su isla como puerta de entrada a Europa. Se ha eclipsado una época de la historia inglesa.

Con eso empieza una era nueva para Europa. En la última batalla de Inglaterra en el continente soldados alemanes izaron la bandera del Reich en el Olimpo. La retirada de Inglaterra del continente y la bandera con la cruz svástica en la antigua montaña de los dioses griegos son símbolos plásticos para el sentido de esta guerra y para las palabras del Führer: «La lucha que hierve ahora tiene una finalidad suprema: una cultura lucha por su existencia que une en sí milenarios».

El helenismo fué el que brindó al mundo por vez primera *la idea del cosmo*, es decir del orden total, la idea del estado justo, gobernado con prudencia y valentía, basado en el sacrificio y en la comunidad, y el que nos brindó la palabra de espíritu militar: «Los que más sirven a los dioses también serán los primeros en el combate».

Un parecer histórico sobre Inglaterra

Aun domina en Europa un prejuicio fatal, la fe en el poder de Inglaterra y la inclinación a complacerla por consideración. Es verdad que en el mar Inglaterra es temible todavía para las naciones que tengan navegación o colonias o cuyas capitales sean costaneras. Pero en el continente el gobierno británico no puede empeñar ninguna fuerza importante ni de su propia población, que tampoco lo ha hecho nunca y menos en el estado de disturbio que se ha extendido allí, ni de población extranjera, porque el dinero para los subsidios ya no se proporcionará tan generosamente como en los tiempos de Pitt.

Marescal Gneisenau, 1831.

VITÉZ STEFAN V. CSISCERY-RONAY,
DIPUTADO A PARLAMENTO HUNGARO:

Un testamento contra Europa

Nada puede ser más instructivo, precisamente en la hora actual, que coger el libro de *Lenin* «Las próximas tareas de los Soviets». Después de exponer los fines políticos de los Soviets Lenin dice allí lo siguiente: «*Con disimulo perfecto* haremos causa común incluso con las potencias del Oeste y apoyaremos sus fines egoistas.» Este proyecto lo realizó la política extranjera de los Soviets, cuando la Unión Soviética se adhirió a la Sociedad de las Naciones; se hizo su portavoz y la puso al servicio de sus propios fines. Además aprovechó la reanudación de las relaciones diplomáticas para organizar en todo el mundo la acción de la internacional bolcheviquista. También para esto daba instrucciones el libro de Lenin: «Haremos convenios, incluso alianzas quizás con las potencias del Oeste y de esta manera les forjaremos la ilusión de estar seguros, para encubrir nuestra actividad clandestina dentro de sus fronteras.»

Durante dos decenios supieron esconder de manera eficaz los crímenes de su actividad diplomática clandestina, desplegada en estados extranjeros tras los muros de las embajadas soviéticas. La checa, más tarde la G.P.U. trabajaba tranquilamente — comunicada con Moscú por la emisora de onda corta — dentro de los muros aislados del cuarto blindado.

Pero toda esta actividad clandestina era solo un medio abominable para un fin ulterior, que revela Lenin en el pasaje siguiente:

«Cuando hayamos minado las potencias del Oeste hasta el extremo que sus gobiernos solo se mantengan sobre un fondo aparente, entonces confiando ellos en nuestra ayuda los exponemos a *aventuras* y los dejaremos arruinarse, para que *después de su ruina también podamos llegar al poder en estos países*. Nuestro fin inmutable es el logro del dominio universal.»

La realización de este programa demoníaco la hemos presenciado en la primavera y en el verano del 1939. Pues entonces los diplomáticos soviéticos entablaron conversaciones con los ingleses y con los franceses, pero en secreto negociaban también con los alemanes. Era su fin principal enredar a Europa en aventuras, es decir promover la guerra, porque ya creían suficientes sus fuerzas militares, para derrotar al victorioso debilitado por la guerra y para implantar el bolchevismo. Hitler sabía muy bien, que únicamente podía conservar la paz para las potencias del eje el tiempo que necesitaban las plutocracias, los judíos y los jefes masones de las democracias para acrecentar su propia fuerza militar, hasta que fueran capaz de sostener la guerra contra las potencias del eje sin riesgo ninguno.

Stalin sabía a su vez que si deseaba que la guerra estallara pronto debía concertarse aparentemente con su enemigo más odiado. En este caso también los documentos de Lenin le indicaban el camino.

«Boicotar la guerra es una consigna ridícula. Los comunistas deben participar en toda guerra reaccionaria. Hace falta demostrar a las masas las experiencias de la última guerra mundial. El lema de los bolcheviquistas es: convertir a la guerra imperial en *guerra civil.*»

En este caso también los diplomáticos soviéticos cumplieron las profecías de Lenin. Frutos de su trabajo eran en 1918 la revolución finlandesa, austriaca y alemana, en 1919 la de Hungría y de Baviera; en 1920 la italiana, en 1923 la búlgara, en 1924 la revolución de Estonia, en 1925 la sublevación en Marruecos y en la Siria, 1926 la huelga general en Inglaterra, en 1927 la revolución vienesa, en 1928 las revoluciones de Nicaragua, del Sudán, de Persia y de Afghanistan, en 1929 la de Méjico, en 1930 la revolución india, peruana y brasileña. La organización de estos *incendios bolcheviquistas* verificados metódicamente en todas las partes del mundo se apoyaba en los judíos residentes en los distintos estados y en la organización bolcheviquista local. El fracaso de estas revoluciones corroboró a los diplomáticos soviéticos, siempre dispuestos mentalmente a inventar crímenes, en su opinión, que no bastaba atizar revoluciones, sino que hacía falta provocar guerras civiles, que se

debía extender hasta convertirlas en guerras internacionales, para poder a fuerza de ellas realizar más fácilmente la revolución mundial. Partiendo de este orden de ideas promovieron la guerra civil española en 1936. No lograron el fin inmediato de su proyecto que era implantar el bolchevismo a espaldas de Europa; pero sí consiguieron, que la tirantez cada vez mayor de las relaciones entre las potencias del eje y los demócratas exigiera pronta solución definitiva.

Los Soviets evolucionaron pues su ejército a medidas gigantescas, por tener preparadas sus tropas intactas para el momento oportuno, en el que ellas, apoyadas por los comunistas que la internacional había organizado y que trabajaban clandestinamente en los distintos países, podrían *atacar a la Europa debilitada* en su punto vulnerable.

Lo que hubiese sido el próximo fin nos lo podemos imaginar ahora, cuando hasta los ciegos ven que el bolchevismo es el instrumento de guerra del judaísmo mundial para verificar su dominio universal. Pero Lenin tampoco lo niega en su libro:

«Para facilitar la victoria bolcheviquista duradera, *aniquilando por completo las clases directivas de antes* habrá tan pocas dificultades en Europa como en Rusia. El gobierno de los Soviets no conoce ni libertad ni justicia. Este gobierno consiste en la *opresión y en la anulación de toda voluntad individual*. Pero los dueños somos nosotros. A nosotros nos está confiada la opresión. La brutalidad extrema es nuestra obligación. Cumpliendo con este deber la *crueledad más ilimitada* es el mérito supremo. A fuerza de la tiranía absoluta — a cuyo servicio está toda clase de traición, de deslealtad e incluso la negación de la más mínima sombra de justicia — *oprimiremos a la humanidad hasta que llegue al último nivel de igualdad* que es el único que hace de los hombres un *instrumento de nuestro poder* manejable y uniforme. Eso es a grandes rasgos nuestro camino. Después de haber llegado al poder en Rusia por la aniquilación de todos los elementos desacatados tenemos muy buena perspectiva de retirar la base al mundo burgués adormilado en *Europa y América arruinando las condiciones de vida, organizando a los criminales e incitando a delitos* y de llegar

al poder allí también valiéndonos mañosamente de su mentalidad. Después de esto emprenderemos el trabajo en *Asia y en Africa.*»

De este pasaje desprendemos, qué es lo que realmente intentaba el bolchevismo cuando contaba con el descontento de las masas y les prometía la «liberación». Quería degradar a bestias las masas humanas, reemplazar también en Europa los caudillos aniquilados por criminales absolutamente desnaturalizados igual como lo hizo durante un cuarto siglo en el suelo de Rusia. Solo este terror inaudito podía preparar el terreno para la propaganda soviética, que en sus métodos tampoco no era nada menos que escrupulosa. Sobre esta base se erguía entonces el *sistema pedagógico de los Soviets*, sobrado también de «espíritu elevado». Solo ahora después de las crueldades bestiales de los soldados soviéticos comprendemos, hasta qué extremo estaban preparados los Soviets incluso en el sentido «psíquico» para la guerra contra los estados burgueses. Estos inspectores de esclavos han aprovechado las riquezas de la sexta parte de la tierra por medio del trabajo forzado de 200 millones de esclavos, para conseguir un objeto únicamente: bolchevizar a Europa, después a América y por último comprender también en el paraíso soviético al Asia y a Africa. De esta manera y a base de las doctrinas de Lenín querían extender su dominio satánico por toda la tierra.

Cuando Alemania estaba retenida en el Oeste los Soviets trataban primero tentando, cada vez más desvergonzados después de iniciar el camino hacia el dominio universal que tenían presente. La victoria fulminante de Alemania en el Oeste los estimuló para comenzar la lucha.

Es inconcebible lo que hubiese ocurrido si el genio de Hitler no hubiera reconocido el peligro soviético y en verano del 1941 hubiese iniciado cualquier otra acción militar o si hubiera realizado por ejemplo la ocupación del imperio insular o el ataque contra los ingleses en los teatros de guerra del próximo Oriente. Las fuerzas militares de Alemania hubiesen tenido que luchar en dos frentes o en varios y los bárbaros rojos hubieran violentado a la Prusia Oriental, al territorio de la antigua Polonia, a Hungría,

Rumanía, Finlandia, Bulgaria y a todo el resto de Europa. Los documentos que se han encontrado en los puestos de mando rojos prueban que este era su fin. En los Estados Bálticos se hallaban concentrados 22 divisiones, frente al Generalgouvernement 6 ejércitos, 40 divisiones motorizadas y un sinnúmero de aviones, a lo largo de nuestra frontera de los Cárpatos 20 divisiones aproximadamente con muchas unidades motorizadas y aviones y también en la frontera rumana había fuerzas considerables.

La entrada en Guerra de Yugoslavia acabó con su paciencia y el ejército alemán se abalanzó sobre las fuerzas de los bolcheviquistas prontas a iniciar la lucha, de cuya formación el Alto Mando del ejército alemán tenía conocimiento exacto. El genio organizador y militar alemán ha derrotado ya al grueso del ejército rojo de muchos millones, completado durante un cuarto siglo, modernamente equipado e instruido. Las fuerzas de los aliados que avanzan han hecho polvo a un ejército entrenado en métodos bestiales y preparado para arrollar a Europa y ante sus ojos se reveló el cuadro funesto de la Rusia empobrecida y martirizada. ¿Porqué a pesar de todo eso dura meses el exterminio de las fuerzas militares de los Soviets? El ejército rojo, encargado de la defensa de un terreno que se extiende por miles de kilómetros, contando muchos millones provistos de las más modernas armas de fuego portátiles, muchos cañones de todos los calibres que funcionan bien y de un sinnúmero de carros blindados y de aviones organizó siempre la defensa a base de contraataques en masa. Frente al monstruo de guerra ruso que lucha reñidamente y decidido con fanatismo bolchevista el espíritu genial y creador del mando alemán, adaptándose con la rapidez de un rayo a la nueva situación, ganó una victoria tras otra hasta obtener por fuerza la posición actual.

Después de la guerra vendrá la época de depuramiento y de reconstrucción, pero ahora hace falta citar al profeta de la destrucción Lenin ante el tribunal de los muñones sangrientos y atezados de una gran nación. Y como él ha muerto deben sustituirle sus sucesores ante ese tribunal. Ya se ha incoado ese proceso y se proseguirá implacable hasta la última consecuencia, para que esté absolutamente asegurada la victoria de la nueva Europa.

Europa y la máscara del Este

Pensamientos y recuerdos de un soldado.

En el estremecimiento de las batallas experimentamos las verdades eternas de Dios como un destino innato en nosotros.

Ante tal estremecimiento muchas cosas grandes se quedan en nada y las pequeñas ocupan su puesto significativo.

Pero cuando las convulsiones del alma se apaciguan poco a poco y nos despertamos como de la pesadumbre de un sueño indecible, la realidad del mundo se presenta otra vez a nuestros ojos, sus tareas y necesidades — casi nos parece cruel — vuelven a revivir.

En *Francia* todo se nos había hecho más fácil, más sencillo, más natural. Entonces apareció el verano y entre los escombros de las ciudades y las ruinas de iglesias erguidas sazonó la uva, susurraron los bosques. En ellos se escondían palacios encantados con chimeneas antiguas y tapizes de seda. Sobre lagos oscuros nadaban cisnes altaneros. El mar bramaba majestuoso contra las costas acantiladas. Y en las ciudades volvió a surgir la vida, otra vida que la nuestra, pero parecida y comprensible. Por las cintas resplandecientes de las carreteras nos unía *el orden de un continente*, que a pesar del incendio y de la destrucción de la guerra no perdió su ley. Era el borde de Europa, enfermo y desorientado de cuerpo y alma. Pero en el centro de *Paris* ardían como siempre en los desnudos cuerpos humanos de *Rodin* las pasiones de la verdad eterna y el espíritu de nuestros antepasados flotaba inamisible por las puntas vecinas al cielo de *la catedral de Reims*. Bajo las vigas normandas de antiguas casas de campo de la Normandía la cidra fresca nos mojaba la garganta seca y en el mercado de Bruselas contemplamos encima del hormiguero cotidiano y del conflicto actual *la imagen eterna de una cultura*, que nos ha elegido a nosotros como centro que colmó a Europa y que la guardó siempre. De este modo las batallas del Oeste concedieron

pronto una seguridad bondadosa a nuestras almas excitadas, ninguna paz, es cierto, pero una esperanza auténtica.

Desde entonces más de una vez se ha filtrado la desesperación en nuestros corazones, cuando marchamos hacia el *Este*. ¡No es que se hubiese apoderado de nosotros! Pero marchaba a nuestro lado como un compañero extraño y a veces surgía como un peligro funesto de los bosques insondables, de las carreteras intransitables, de la miseria perdida e insidiosa de los pueblos y de las ciudades. Indecisa y sin motivo como todo aquello enredaba a nuestras almas, cediendo únicamente, cuando las duras exigencias de la lucha nos forzaban en su esfera o cuando la dicha y el orgullo de una victoria nueva nos animaba el corazón. Entonces se aclaraba por algún tiempo la luz crepuscular de una visión horrosa, sí, *se levantaba la máscara de un semblante, tras el cual se escondía el Este*.

Cuando salimos de Tilsit en aquella mañana de junio, cuando abrimos la primera brecha en el enemigo preparado para el avance y cuando el ataque atrevido de nuestras divisiones de asalto penetró profundamente en el centro de las provincias del Báltico, celebré un encuentro emocionante con el paisaje y con los hombres que había conocido hace dos años en la existencia preservada de una paz engañosa. Apenas había transcurrido un año desde que la tiranía del Este había erguido aquí su bandera sangrienta, símbolo de destrucción. Pesaba sobre el país un ícubo sofocante. Aquí y allá comenzaron poco a poco a hacernos señas; una sonrisa casi imperceptible surgía en las caras descompuestas. ¿Era la liberación una quimera o realidad? En Dünaburg estaban llorando ante los restos ardiendo de sus casas. Pero aun en estas lágrimas dolorosas se traslucía una esperanza nueva. En Rositten exhumaron cadáveres mutilados, víctimas de un delirio de sangre desatinado, de las fosas comunes. En este horror apenas pudo reconocer el padre a su hijo, la mujer a su marido. Trás las escenas de espanto, del sufrimiento moral y de la desesperación humana se veía por todas partes como bastidores terribles las ruinas de las casas voladas o quemadas.

No habían respetado ni a un solo pueblo. En cada choza campesina habían echado la tea incendiaria. El ganado vagaba que-

jándose por los campos y solo después de días principiaron a salir de los bosques los primeros hombres recelosos con sus bienes auestas. ¿Todavía era *guerra esto*? ¿Llevaba aun los rasgos del desafío caballeroso en su semblante austero? En todas partes acechaba el asesinato, por todas partes acusaba. En todas partes ardía la llama de la *destrucción*. En general no la había encendido la lucha, sino un *odio* ciego, insensato.

En el Este de Letonia, en medio del encanto del paisaje de colinas y de lagos de Letgalen, se nos presentó entonces por vez primera el nuevo mundo extraño, al contemplar la llanura azul crepuscular de las lejanías rusas, de los bosques y de los pantanos; allí no había ningún punto de descanso para la mirada; ningún margen cariñoso guarnecía la vaguedad; solo aquella línea lejana en el horizonte creaba un límite indeciso y hasta allí, gris, azul, verde, oscuro y grave, indescriptiblemente abandonado: ¡el Este! Nos sumergimos en sus secretos y en sus peligros. Continuamente la muerte páfida surgía de los bosques y de los pantanos y paralizaba el brío de nuestro ataque. El enemigo acechaba en los bosques como una fiera. El sol ardía y sobre los pantanos zumbaban millones de insectos. Una humedad agobiante nos envolvía desde allí. ¿Qué bosques eran aquellos, de los que tuvimos que sacar al enemigo, a cuyos bordes levantamos más de una cruz sobre tumbas recientes? A veces vagaba por nuestros pensamientos el recuerdo de bosques, de *los bosques de casa*, que habíamos atravesado entusiasmados por su belleza y su solemnidad. Con su juego encantado de los rayos de sol, con la majestad fresca y viva de sus troncos esbeltos, con su techo dorado vivían en nosotros. ¡Ay bosque lejano, bosque de mi patria alemana!

Pero aquí lozaneaba como en la chungla. No había ningún espacio entre los troncos, solo maleza baja, encogida, solo oscuridad, embrollo y lucha abierta, despiadada. Una vez se hundían los pies en el barro, otra las ruedas del coche giraban como locas y sin encontrar resistencia por la arena floja. En medio de los bosques y de los pantanos las carreteras desgastadas, solitarias y miserables conducían hacia el Norte y hacia el Este. De vez en cuando algunas casas de madera que amenazaban ruina se acurrucaban al borde del camino, un claro escaso ofrecía un pasto

miserable al ganado abandonado. Pero en vano buscamos un pueblo, un caserío, algo que nos hubiese hecho recordar *hombres*. su sentido organizador, su *amor* por la seguridad y por la belleza, su apego al terruño.

De noche aleteaba sobre nosotros la ligera tienda de campaña. ¡Todo preferible a un lecho en las chozas miserables!

Y seguimos adelante, persiguiendo constantemente y de cerca al enemigo que huía. Este derribaba todo trás de sí. Ni un puente conservado, ni un pueblo que no llevara rastros de su devastación. Luchamos duramente por atravesar los ríos. Junto a los trozos de hierro de los puentes volados que se erguían al cielo, un cuadro horroroso de destrucción, ya rodaban nuestras columnas hacia la orilla opuesta sobre tablones nuevos. Poco a poco nos insensibilizamos. Apenas nos fijábamos ya en los individuos haraposos junto a las ruinas de sus casas, que se llamaban hombres, de los que se decía, que vivían en su paraíso. Los cráteres de las bombas al lado de las carreteras y en las ciudades, la tierra sobrearada por tantas y tantas granadas, las bestias reventadas en las zanjas, todo esto apenas podía despertarnos ya de nuestra amargura, ni conmover nuestros corazones.

Es verdad que a veces nos sorprendía aun la unidad extraña que parecía haber entre la destrucción y el abandono del país. ¿No era la una parte del otro y su complemento? Aquí esta chimenea apagada ante las cenizas de la casa en ruinas, allá la herida abierta en el alto puente sobre el río, este carro blindado roto y aquel caballo reventado, ¿no debían *existir* como parte y símbolo del país?

En recuerdos hallamos a Dostojevski. La música de Tschai-kowsky nos impresionaba de pronto con un sentido nuevo. ¿El país y los hombres en su manera de ser y de expresarse, en su alma y en sus actos estaban también impulsados y retenidos únicamente por esta ley? ¿Era aquello una ley? Muchas veces ante la vela llameante y bajo el cielo estrellado, lejano y helado, en el que apenas se hallaba un consuelo, hicimos caer la conversación con tiento sobre el enigma de estos hombres, que a menudo nos parecían animales, porque habían perdido toda dignidad. A veces cuando se tomó una ciudad, por la que habíamos luchado mucho

tiempo y que el enemigo había abandonado, cuando entramos en sus muros con un suspiro de alivio, entonces estábamos seguros, que ahora nos encontraríamos un poco mejor, más confortables y salvos. Pero cada vez todo estaba pintado de gris, sucio, en ruinas, sin atractivo ni encanto, sin cultura ni nobleza, ni siquiera en los sitios, en los que no se abrían ventanas vacías quemadas en los muros de las casas y donde las calles no estaban orladas de barras de hierro torcidas.

Un día me llevó una orden miles de kilómetros hacia el Sur. Dimos con el país más rico de Europa. Y la idea de esta riqueza, de esta fertilidad bendita por Dios nos hizo estremecernos ante la insensatez y el desvarío de un orden, que quiere agraciarse consigo a toda Europa. La desesperación por un mundo extraño se borró ante la seguridad de una *misión, que está encargada a nosotros y a nuestros hijos aquí en el Este.*

Una parte del mejor y más noble espíritu europeo formando y organizando hará visible aquí también el rostro auténtico del Este. Ante las torres doradas de Kiev, cuya piedra fundamental fué colocada por guerreros germanos, surge para nosotros una visión, ante cuya potencia prometedora del porvenir las llanuras inmensas se encajan en un plano, el desierto se ofrece a la fuerza y alegría creadora como un instrumento enorme y dócil, en la que la destrucción, el horror, el decaimiento ya no son realmente otra cosa que una máscara espectral, que sí nos puede asustar y desconcertar, paralizar incluso, pero que no es capaz de quitarnos la fuerza de erguir nuestro orden, que es al mismo tiempo *el orden del espíritu europeo* y de ganar para la humanidad a fuerza de él una parte nueva del mundo. Aquí han de arar y de sembrar *los campesinos de Europa*, aquí *los guerreros de Europa* han de ser espada y escudo, los *pensadores* han de proyectar y los *arquitectos* han de construir aquí; entonces surgirá del caos indomado y del letargo desmoralizador del «Nitschewo», que ahoga el alma, la satisfacción radiante de la acción.

Así nos saluda la imagen del porvenir y el rostro del Este irresistible, inamisible, que despierta en nosotros el orgullo del precursor.

El camino de Europa hacia el amanecer

Es evidente que la Europa que existió hasta ahora está destinada a la ruina. En su lugar se coloca los *fundamentos de la nueva Europa*. El cemento para construir esos fundamentos es la sangre de sus hijos más jóvenes, más dignos y más valientes. La nueva Europa se distinguirá esencialmente de la antigua: tanto en el sentido político como en el económico y el espiritual.

En el sentido político Europa no se parecerá a la que existió hasta ahora, cuyas fronteras fueron trazadas en los arrabales de París hace veinte años: dividida por alambre de púas y trincheras, millares ahorrados por sus naciones enterrados en lo hondo de su tierra, para construir fortines que sin embargo no fueron capaces de retener la marcha triunfal de la justicia y de la libertad.

Hoy Europa está inundada por una riada y después de desaguarse aparecerá su semblante nuevo.

Este semblante no se formará a fuerza de luchas de clase ni a fuerza de terror; borrarán todos los rasgos de clase, para conservar únicamente los del semblante de la nación, de la clase de la unidad nacional. La nueva Europa contendrá las continuas aspiraciones chauvinistas de ciertas naciones y conducirá a estas en otra dirección, donde puedan encontrar un vasto campo de actividad en la construcción intrapolítica de su estado.

La Europa futura también transformará la economía de las naciones. Las fusionará en unidad económica en la que cada nación tendrá ocasión de *desarrollar sus energías creadoras*.

Y solo cuando sus naciones estén políticamente apaciguadas y económicamente unidas podrá encargarse de la conducción de la vida espiritual, para volver a llevar otra vez a la humanidad entera hacia nuevas adquisiciones culturales y hacia la creación de una nueva civilización.

Lo que la campaña del Este representa para Europa

Ser o no ser; esta es la cuestión. Las palabras del personaje del drama de Shakespeare marcan a la perfección el porqué de la lucha de Europa contra la barbarie asiática. El ser o no ser de nuestro continente; la existencia o la desaparición total de nuestra milenaria civilización es lo que se juega en esta guerra, una de las mayores — por no decir la mayor — que conoció la Historia.

El momento que empezó el 22 de Junio del año pasado ha sido comparado a aquel otro de la Edad Media, en que Atila, el asote de Europa de aquel tiempo, fué derrotado en los Campos Catalaúnicos. Pero me atrevo a afirmar que el peligro actual es mucho mayor, por una razón: El jefe bárbaro desconocía la civilización, y, aun en el caso de que hubiera dado de comer a su caballo en la ciudad de los césares, como era su deseo, hubiese sido en un plazo relativamente corto, deshumbado y derrotado por la cultura europea. Más no olvidemos que los dirigentes del comunismo de nuestro tiempo conocen a la perfección lo que es nuestro arte, nuestra literatura, nuestra tradición, nuestro concepto de la vida y lo odian. El conglomerado judaico internacional — que no es otro el que rige los destinos de la Rusia roja — está perfectamente enterado de lo que es la civilización cristiana y precisamente por el odio mortal que le profesan, es por lo que quieren hacerla desaparecer. Por ello, creo, que la hora en que vivimos es de muchísima mayor gravedad, ya que los hunos habrían sido vencidos al fin, como lo fueron otros pueblos materialmente vencedores siglos antes; pero Stalin y sus sicarios, ni siquiera hubieran podido ser derrotados en este campo.

Estas afirmaciones podrán parecer exajeradas y escritas con afán de propaganda para aquellos que no hayan conocido de cerca lo que es el comunismo. El europeo, que ha heredado una cultura que tiene sus conciencias en Atenas y Roma, se reinte a creer

que sean posibles las gigantescas monstruosidades cometidas por los bolcheviques. Educados en un ambiente moralmente elevado, en una familia, en una patria; acostumbrados a conocer y respetar los conceptos del honor, la autoridad, la disciplina y el orden, el intelectual y el obrero de nuestro mundo piensan al oír hablar de lo que es la Rusia soviética, — debido precisamente a ese sedimento de espiritualidad, que llega a ellos a través de los siglos, transmitido de generación en generación —, que la realidad se pinta con colores demasiado oscuros, que la desfiguran y la modifican.

Pero para nosotros los españoles, que ayer padecimos el comunismo en nuestra patria y que peleamos hoy en sublime hermandad de armas con los soldados de las demás naciones europeas; para nosotros los combatientes de la División Azul, que hemos luchado dos veces contra el mismo enemigo, son conocidos la «*cultura*» y los procedimientos del Kremlin de Moscú.

Hemos visto, sin necesidad de intermediarios, en lo que consiste el mito comunista y lo hemos conocido en nuestra propia carne, cuando eran muy pocos los que, en el exterior, comprendían nuestra lucha y nos ayudaban. Durante nuestra guerra de liberación hemos sabido de fusilamientos en masa, asiáticas tschecas y tenebrosas cárceles, que recordaban la visión dantesca del infierno. Conocíamos el peligro en que se encontraba nuestra civilización, porque habíamos visto arder nuestras iglesias románicas y góticas, desaparecer los magníficos lienzos de nuestro Museo del Prado y destruirse por completo tesoros artísticos de incalculable valor. Estabamos plenamente convencidos de que cuantos asesinatos, atropellos y desmanes se cometieron en la España mártir, no eran la obra improvisada de un populacho enfurecido, sino que eran debidos a un plan premeditado en otras latitudes; no eran sino flor nacida del odio que hacia las ideas de Religión sentían los dirigentes del bolchevismo mundial.

Y porque conocíamos que esta doctrina demoledora era la negación y destrucción absoluta de todos los valores morales — únicos que distinguen al hombre de los demás seres y sobre éstos lo elevan, — la juventud española se juró a si misma combatir-

la doquiera se encontrase. Logramos, gracias al genio militar de nuestro Caudillo Franco, extirpar el comunismo de nuestro suelo, pero sabíamos, que Europa, o mejor el mundo entero, no podía vivir tranquilo mientras sobre él se levantase, presta a descargar el golpe mortal en el momento oportuno, la espada de Damocles que era el Ejército rojo ruso.

Por eso nació — como flor espontánea — la División Azul en el momento mismo en que conmenzó la gran batalla; por todas estas razones los españoles nos unimos inmediatamente a la cruzada emprendida por el pueblo del Führer. Era la ocasión de vengar, costase lo que costase, la muerte de José Antonio, nuestro Fundador; de tomar justa represalia contra los causantes de la desgracia de nuestra Patria; de librar de la esclavitud a millones de seres dotados de alma humana; de asegurar la tranquilidad para las futuras generaciones.

La juventud de la nueva España se voleó en los campos de Rusia y ha podido observar que los métodos de aquí son los mismos que los de allá; lo que quiere decir que, de haber triunfado el gran enemigo, España y después Europa, hubieran sido una Rusia, pero de mayor extensión; ya que las mismas causas producen los mismos efectos.

Miseria absoluta en los campesinos, obligados a vivir en odiosa colectividad, que no es otra cosa que el hambre elevado a la enésima potencia; pobre la vivienda, más pobre el vestido; carencia absoluta de sentido moral en la juventud educada por el régimen bolchevique; deportaciones en masa a la Siberia, sin esperanza de liberación; ni siquiera una manifestación artística en un pueblo de más de ciento ochenta millones de almas; grandes y destartaladas ciudades, privadas en absoluto de belleza arquitectónica, en las que, a lo sumo, se dejaba ver la figura judía y repulsiva de Lenin, en una escultura tipo «standart», sin vida ni colorido; magníficas iglesias bizantinas, convertidas en cines o garages; pésimas vías de comunicación.

Esto hubiera sido una Europa comunista: persecuciones, incultura, destrucción y crimen.

Gracias a Dios, Europa ha comprendido el momento histórico

que está viviendo. El comunismo va siendo, día a día, derrotado en su propia madriguera.

No importa luchar y morir, pues ¡por fin! ha llegado a todos la realidad del peligro. En esta lucha entre Ormuz y Abrimán hasta el último europeo se convertiría, si necesario fuese, en servidor del Genio del Bien.

Por ello nuestro continente, nuestra civilización — no me cabe duda — *será*, una vez terminada la campaña que genialmente dirige Adolfo Hitler.

Sobre el carácter de las revoluciones universales

El género humano no desaparecerá hasta que no se haya extendido por la tierra el genio de la inspiración.

Si examinamos de cerca las condiciones bajo las que comienzan todas las llamadas inspiraciones universales encontramos lo mismo. Allá en gran escala, aquí en pequeño se trata de casualidad, destino, divinidad: todas las renovaciones empezaron con pequeñeces que nunca obedecían desde un principio a ese plano grande, universal que consiguieron *después*; en cambio cada vez que de antemano existía un gran proyecto humano, examinado minuciosamente, fracasó.

Pero ahora tenemos primavera: la tierra se mueve, el sol incuba y mil plantas nuevas aparecen — ¡hombre, tú has sido siempre, casi contra tu voluntad, solo un pequeño instrumento inconsciente!

Un grano cae en la tierra, descansa y se entumece; pero entonces viene el sol a despertarle; y se abre, los estambres se dilatan vigorosos; atraviesa la tierra — ni la flor, ni el fruto, apenas el boletto tan feo crecen como tú te lo imaginas. *El fondo de toda renovación* también era siempre un pequeño grano así, que cae silencioso en la tierra, del que casi no vale la pena hablar: los hombres ya la poseían hacía mucho tiempo, no la miraban ni la consideraban — pero de pronto va a renovar aficiones, usos, todo un mundo de costumbres — ¿será posible eso sin revolución, sin pasión y movimiento?

Cuando inventaron Roger Bacon, Gallilei, Descartes, Leibniz, reinaba silencio: era un rayo de luz — pero sus inventos habían de abrirse paso, habían de vencer opiniones, alterar el mundo — se convirtió el rayo en tempestad y en llama. Aunque el renovador tuviera pasiones, que la causa, la ciencia misma no exigían, sí eran necesarias para la implantación de la causa, y precisamente en que el renovador las tuviera y en medida suficiente, para llegar ahora

por una nadería a lo que siglos enteros no habían llegado a pesar de instituciones, maquinerías y meditaciones; ¡precisamente en eso consiste la prueba de su vocación!

En general se trataba de sencillos inventos mecánicos, que se había visto, poseído hace tiempo, con los que se había jugado, pero que ahora, empleados por una ocurrencia de este modo y de ningún otro, *transformaron al mundo*. Así se empleó por ejemplo el cristal para la óptica, el imán para la brújula, la pólvora para la guerra, el arte tipográfico para las ciencias, el cálculo para un mundo matemático reciente — y todo cambió de forma por completo. Se había transformado el instrumento, se había *encontrado un lugar fuera del mundo antiguo* y por eso se eliminaba a este.

¿Quién pudiera contarlos, quién describirlos? Nuevas costumbres, aficiones, virtudes, nuevos vicios — ¿quién pudiera contarlos y describirlos? La rueda que ya por tres siglos mueve al mundo es inmensa — ¿y de qué dependía? ¿quién la empujó? ¡La punta de aguja de dos o tres ideas mecánicas!

A pesar de este movimiento naturalmente seguimos siendo en nuestro puesto objeto e instrumento del destino.

¡Sea yo lo que sea! Llamada del cielo y de la tierra, que yo igual que todo signifique algo en mi puesto. ¡Dotado de fuerzas *en proporción* al todo y sintiendo la bienaventuranza únicamente a medida de estas fuerzas! ¿Quién, hermanos míos, tuvo un privilegio antes de existir? Y si la necesidad y la armonía de los enseres exigía, que aquel fuera vaso de oro, yo vaso de barro — y que tuviera también la finalidad, el sonido, la duración, el sentimiento y la capacidad de un vaso de barro, ¿puedo reñir por eso con el Maestro? No se me ha dejado aparte, no se ha preferido a nadie. La sensibilidad, la actividad y la capacidad de la humanidad están distribuidas. Aquí se rompe el hilo, allí se reanuda. *Quién ha sido muy aventajado también debe cumplir una alta misión*. Quien fué dotado de muchas facultades también debe esforzarse con todas ellas.

No creo que ninguna idea, con lo que esta expresa y calla, con lo que hace ver y con el cielo que arquea, pueda despertar sentimientos más nobles a la luz de toda la historia.

Sobre el Honor

Realmente he creído apercibir en este mar sombrío un punto que me ha parecido sólido. Al principio lo miraba dudoso y al primer momento no creí en él. Me daba miedo investigarlo y mucho tiempo desviaba de él mis ojos. Pero entonces, por atormentarme el recuerdo de aquella primera visión, a pesar mío he vuelto a este punto visible, pero incierto. Me he acercado a él, le he dado la vuelta, lo he mirado de arriba y de abajo, he puesto la mano encima, lo encontré suficientemente firme para servir de apoyo en la tempestad y me he tranquilizado.

No es aquello una fe nueva, ningún culto recién inventado, ninguna idea confusa, antes bien un sentimiento, nacido con nosotros, independiente de tiempos y lugares y aun de la religión; un sentimiento orgulloso, inflexible, un instinto de hermosura incomparable, que hasta los tiempos modernos no encontró nombre digno de sí, pero que ya en la antigüedad produjo grandeza sublime y la fertilizó como aquellos ríos bellos, cuyo manantial y cuyas primeras vueltas no tienen nombre todavía.

Esta fe que me parece subsistir aun en todos y mandar en los ejércitos como señora es la del HONOR.

No veo en ninguna parte, que esta fe haya disminuido o que cualquier cosa la haya desgastado. No es nada menos que un ídolo; para la mayoría de los hombres es un dios y un dios, a cuyo alrededor otros dioses superiores han sido derribados. El derrumbamiento de todos sus templos no ha estremecido su estatua.

Una vitalidad inexplicable anima esta virtud rara, altanera, que en medio de todos nuestros vicios se mantiene erguida y aun de acuerdo con ellos hasta el extremo de acrecentarse con sus energías. — Mientras todas las virtudes parecen bajar del cielo para darnos la mano y elevarnos, esta parece surgir de nosotros mismos

y querer elevarse hacia el cielo. — Es una virtud toda humana, que se podría creer de origen terrestre, sin palma celestial después de la muerte; es la virtud de la vida.

Tal cual es su veneración, aunque interpretada de maneras distintas, jamás ha sido discutida. Es una Religión varonil, sin símbolo y sin imágenes, sin dogma y sin ceremonias, cuyas leyes no fueron nunca escritas; — ¿y cómo es posible, que todos los hombres sientan su fuerza solemne? Los hombres actuales, los hombres de la hora, en la que escribo, son escépticos y burlones para todo menos para ella. Cada cual se pone serio, cuando se pronuncia su nombre.

Al mencionar el Honor el hombre siente conmoverse algo dentro de sí, que es como una misma parte suya y esta emoción despierta todas las facultades de su orgullo y de su energía primordial. Una firmeza invencible le sostiene contra todos y contra si mismo al pensar, que debe velar sobre aquel tabernáculo puro que está en su pecho como un segundo corazón, habitado por un dios. De allí le provienen consuelos íntimos, tanto más hermosos por no conocer él su origen y motivo verdaderos; de allí revelaciones inesperadas sobre la Verdad, la Belleza, la Justicia: de allí una luz que le guía.

El Honor, eso es la conciencia, pero la conciencia exaltada. Es el respeto de uno mismo y el respeto de la belleza de la vida, llevado hacia la elevación más pura y la más ardiente pasión. Es verdad que no encuentro unidad alguna en su concepto; y cada vez que se ha intentado definirlo, la definición se perdió entre términos; pero no encuentro más exacta la definición de Dios. ¿Es eso prueba en contra de la existencia de algo, que sin embargo todos sentimos?

Acaso eso es el mérito supremo del Honor, que sea tan poderoso y siempre tan bello, cualquiera que sea su origen! ... A veces hace que el hombre no sobreviva una afrenta; otras, que la soporte con grandeza tan espléndida, que la repara y borra el deslustre. Alguna vez sabe encubrir tanto la injuria como la expiación. Otra inventa empresas grandiosas, luchas magníficas y tenaces, sacrificios inverosímiles, efectuados lentamente y por su paciencia

y su secreto más hermosos todavía que el ímpetu de un entusiasmo súbito o de una indignación violenta; produce obras de beneficencia, posee tolerancias maravillosas, bondades delicadas, indulgencias divinas y perdones sublimes. Siempre y en todas partes mantiene la dignidad personal del hombre en toda su hermosura.

El Honor, eso es el pudor viril.

La vergüenza de no cumplir sus exigencias significa todo para nosotros. ¿Es entonces algo santo esta cosa indecible?

Considerad lo que vale entre nosotros aquella expresión popular, universal, decisiva y simple sin embargo: *Dar su palabra de honor*.

En este caso la palabra humana deja de ser netamente expresión de pensamientos, se troca en palabra de experiencia, palabra santa entre todas las palabras, como si hubiese nacido con la primera sílaba que formuló la lengua humana; y como si después de esta no hubiera palabra digna de ser pronunciada, se convierte en promesa entre hombres, bendita por todos los pueblos; se convierte en juramento mismo, solo por añadir la palabra: Honor.

Desde entonces cada uno tiene su palabra y se atiene a ella como a su vida. El jugador tiene la suya, la respeta como santa y la cumple; en medio del desorden de las pasiones se la da, se la acepta y por profana que sea se la mira como sagrada. Esta palabra es bella siempre, siempre santificada. ¿Aquella máxima, que parece innata y a la que nada obliga más que el consenso interior de todos no es de hermosura soberana, cuando la ejerce el guerrero?

La palabra, que con demasiada frecuencia no es nada más que una palabra para el hombre de la alta política, se convierte en hecho terrible para el hombre de armas; lo que el uno dice frívolamente o con perfidia, el otro lo escribe en el polvo con su sangre y por eso todos le honran más que a nadie y por eso muchos tienen que bajar los ojos ante el.

El imán encantado del honor atrae y captiva a todos los corazones de acero, a los corazones de los fuertes. — ¡Decídmelo, si esto no es cierto, bravos compañeros míos, vosotros, para los que he escrito esto, o nueva Legión tebana, decídmelo, vosotros todos, Santos y Mártires de la religión del Honor!

Arenga a los jefes del ejército

Debemos hacer todo lo posible por no caer en poder de los bárbaros sino por apoderarnos nosotros de ellos. Pués pensadlo bien, que vosotros todos los que os habéis reunido aquí tenéis en vuestras manos la *decisión*. Porque todos estos soldados ponen sus ojos en vosotros y si a *vosotros* os ven desalentados *todos* serán temerosos; pero si vosotros mismos os demostráis dispuestos a salir al paso del enemigo y animáis a los demás, para que hagan lo mismo, sabed entonces, que os seguirán y procurarán imitaros.

Pero también creo que tenéis la obligación de destacaros de ellos; pues vosotros sois los jefes, los subjefes y los capitanes. En tiempos de paz precedísteis a ellos en sueldo y en categoría; por eso también debéis probar ahora que hay guerra, que sois mejores que la mayoría y debéis precederla, cuando sea necesario, por vuestros consejos y por vuestros actos. Creo que ahora prestaréis el servicio más grande al ejército, si cuidáis de que los jefes y capitanes muertos sean reemplazados por otros. Porque para decirlo en dos palabras: *sin jefes* no se puede llevar a cabo nada hermoso ni bueno en ninguna parte, pero menos en la guerra. Pues según me parece *el orden* sostiene. En cambio el desorden ya ha arruinado a muchos. Pero después de haber designado tantos jefes como serán necesarios, me parece que sería oportuno, que reunéis también a los demás soldados y que los animéis.

Ya sabéis vosotros, que no es la cantidad ni la fuerza, la que en la guerra gana la victoria, sino que en general el enemigo no resiste a ese bando, que confiando en los dioses y con *espíritu* elevado va a su encuentro. También he considerado, camaradas, que precisamente aquellos, que en la guerra procuran conservar su vida a toda costa perecen de un modo triste y vergonzoso; en cambio aquellos que recuerdan, que la muerte es común e inevitable para todos los hombres y que pensando en eso luchan por una muerte gloriosa, a esos en general los veo llegar a una edad

avanzada y vivir muy contentos toda su vida. Reconociendo esto debemos ser — la situación lo exige — valientes nosotros mismos y al mismo tiempo debemos animar a los demás.

Como ahora los enemigos han acabado con el pacto, me parece a mí que se habrá acabado también su insolencia y nuestra incertidumbre. Pero jueces de palenque son los dioses que estarán con nosotros. Porque los otros han jurado en falso por su nombre; en cambio nosotros, aunque veíamos delante los grandes bienes del enemigo, nos hemos abstenido de ellos imperturbables por nuestro juramento en nombre de los dioses. Por eso también parece que podemos entrar en la lucha con mucho más confianza en nosotros mismos que ellos. Además, gracias a la bondad de los dioses, tenemos un modo más noble de pensar. Por otro lado resultará más fácil matar y herir a los enemigos que a nosotros, si los dioses nos conceden la victoria como antes. Pero esto acaso ya la habrán considerado algunos entre vosotros. No dejadnos pues esperar en nombre de los dioses que vengan otros a estimularnos, para ejecutar proezas gloriosas, sino dejadnos comenzar nosotros mismos a entusiasmar por la valentía a nuestros camaradas también. ¡Probad que sois los capitanes más valientes!

El ejemplo de los antepasados

Considerad, que el vencimiento de las mayores dificultades otorga el honor más grande tanto al Estado como a cada uno.

De esta manera nuestros antepasados han hecho frente a los bárbaros con una fuerza mucho más pequeña e incluso abandonando todos sus bienes.

Nosotros no debemos ser menos que ellos.

Pericles (493—429).

Oración por la División Azul

Señor: Ante Vos, que todo lo ordenáis y regis con vuestra infinita y justa sabiduría y a toda cosa asignáis su servicio—al esplendente sol y a la humildosa horde nuevo, — y conscientes de que Vos nos dais también nuestro servicio, callando nuestras ansias, cumplimos silenciosos y oscuros y os rogamos por aquéllos, que merecen la luz y el clarín de la gloria.

Señor: Su cuerpo y su alma ofrecen por Vos y por España. Guardad sus cuerpos robustos como robles, tensos como ballestas, dominadores como yugos e impetuosos como flechas.

Guardad sus almas. Que sólo Vos y España anide en ellas y las impulse y mueva; infundidles el divino aliento para que jamás amengüe ni vacile *la llama de su fe y de su afán*; dadles fortaleza para resistir afectos y recuerdos, de modo que al evocar el pasado les anime sólo la idea de un futuro mejor.

No les guíe venganza ni odio, sino *plenitud de razón e ideal arrebatado*, que se eleve potente y altivo precisamente por lo profundo de su raigambre.

Guardad sus corazones como espigas en la mies; que un mismo viento les mueva y unidos vayan siempre en la misma dirección cara al sol. Y cuando el sol se identifique con la muerte, que ésta les entre siempre pecho adelante, que es como sólo puede morir un español. Y que la sangre que atesora cada corazón en vida se una, al ser derramada, en un gran corazón de España, siempre presente y ofrecido a Vos en toda noble y grande empresa. Guardadles, Señor, y amparadles en el combate, y a los que caigan ponedles en vanguardia de luceros para que, a su luz serena y venerada, los que luchan sepan romper la estrecha roja por la fuerza invisible e impetuosa de aquellos luceros españoles!

